

La Esfera

Año I * Núm. 14

Precio: 50 cénts.





¿Mi secreto?
¡Aquí está!

Ehrmann.

Año I

4 de Abril de 1914

Núm. 14

La Esfera

ILUSTRACIÓN

MUNDIAL



DIBUJO DE GARNAL

S. M. LA REINA DOÑA VICTORIA
Con la clásica mantilla que luce la mujer española en los días de Semana Santa

REDENCIÓN HUMANA

DONDE con más vivos resplandores se reflejan la nobleza y dignidad humana es en el Gólgota y al pie de la Cruz, pues en ella quiso morir, por amor al hombre, su mismo Divino Hacedor.

Mientras exista el espíritu humano, y en él las leyes del sentimiento y de la razón, el recuerdo del sacrificio consumado en el Calvario será el drama más sublime y ejemplar que, sin tener parecido a ninguno de los realizados en la vida del mundo, se ha desarrollado entre los hombres; será un episodio de extraordinarias emociones y meditaciones infinitas que encierran, no sólo profundas enseñanzas para los pueblos, sino un consuelo para todos los infortunios y una esperanza para todos los progresos.

La sangre del Justo, del Hijo de Dios, del Salvador del mundo, derramada en el Calvario, cayó cual benéfico rocío sobre la humanidad entera; y cada gota bastó a lavar las culpas de millones de hombres, como cada rayo de sol hace vivir a millares de seres.

No puede hacerse sacrificio más enorme y más sublime que el de la Pasión y Muerte de Cristo, ni puede concebirse resultado más grandioso que el logrado por la divinidad del protagonista.

Desde que el Hombre-Dios, héroe el más justo de los justos, el más santo de los santos y el más piadoso de los piadosos, por su propia omnipotente voluntad quiso morir por la redención del linaje humano; y morir con la sonrisa en los labios, perdonando a los enemigos, más que perdonándolos, salvándolos, han transcurrido mil ochocientos ochenta y un años, larguísimo período durante el cual se ha perdido la memoria de tantos suplicios como se han realizado después, sin que ninguno, fuera de aquél, sea origen de una redención y de las eternas y sublimes verdades que hoy son el fundamento de las sociedades modernas y siempre el ideal más grande, el ideal excelso de las generaciones futuras.

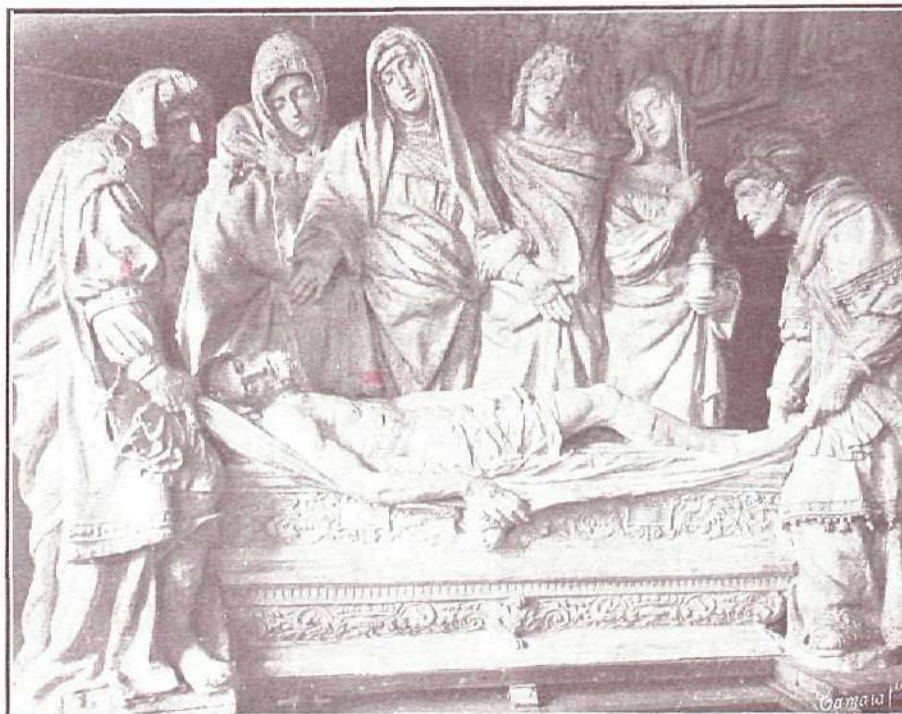
Veinte siglos han pasado y con ellos innumerables razas; las generaciones se han sucedido, han caído importantes imperios, fundáronse Estados, monarquías y repúblicas; cruzaron por la conciencia infinitas ideas y cambiaron los usos y las costumbres de los pueblos; pero aquella verdad revelada por el Divino Mártir de Judea, desde ignominioso patíbulo, no ha podido borrarse de la mente de los hombres, ni de su conciencia las enseñanzas de su doctrina, ni de su corazón el amor de quien les salvó.

Y es que las obras de Dios, a diferencia de las humanas, no se realizan para después perecer y morir; por eso se ve que el Divino Autor, con su poder infinito, ha puesto en la muerte la eternidad, en lo mutable y transitorio la inmutabilidad, en lo finito la imagen de lo infinito.

Ante la magnitud del drama horrible del Calvario, perpetua redención del mundo, que empieza en el idilio de Jerusalén, quedan anulados y oscurecidos todos los demás hechos que por su dolor brillan en la historia; Jesucristo muere perdonando y bendiciendo, y al pro-



LA VIRGEN AL PIE DE LA CRUZ
Escultura de Juan de Juanes que se venera en la iglesia de la Cruz, de Valladolid



EL ENTIERRO DE CRISTO
Alto relieve de gran valor artístico y de autor desconocido, que se venera en la iglesia de San Jerónimo, de Granada

nunciar su postrer palabra, con las losas de las tumbas que se abrieron, abriéronse también las puertas de los Cielos. Nada hay en el mundo que se preste tan elocuentemente a la meditación como los grandes misterios de la Redención humana; grandes misterios que son un poema de todas las grandezas humanas y divinas y un hecho que no puede ser desfigurado, pues fué harto público y solemne.

No es, pues, posible a ninguna alma religiosa, cuando la Semana Santa se acerca, dejar de embarcarse en estos recuerdos de Jesús, que despiertan el misterio de nuestra existencia y de nuestro origen, la exclusiva esperanza de nuestro porvenir, y que son como una ablución refrigerante para el espíritu caldeado por las carnalidades de la vida y un atractivo suave y de seducción irresistible y asquible de nuestra grandeza. Nuestro siglo desmemoriado, indiferente y ciego, no quiere unánime confesar y reconocer a Jesucristo; muchos desgraciados combaten por sistema su doctrina y no faltan multitudes extraviadas que, renovando las escenas horribles del Pretorio y repitiendo las blasfemias sangrientas de la plebe revolucionaria de Jerusalén, quieren hoy para la iglesia un nuevo Calvario. Por eso nosotros, los católicos, debemos oponernos con todas nuestras fuerzas y con todos los medios lícitos a ese avance de la impiedad y del pueblo judaico que, después de poner a Cristo en la Cruz, quiere todavía, como quien apaga una bujía, apagar de la memoria el recuerdo de aquel inmenso sacrificio. ¡Vano intento! Por fortuna, muchedumbres de todas las razas y de todas las lenguas, hijos fidelísimos de la iglesia, sin vacilaciones ni distinguos, interpretan recta, sencilla y cristianamente los misterios de la Redención, y adoran y bendicen a Jesucristo, estando prontos a dar la vida en testimonio de la verdad que la Cruz simboliza. Hermoso espectáculo que, con la voz de veinte siglos, llama a nuestra memoria y nos presenta a la Humanidad y sus generaciones comulgando con estas divinas doctrinas, postrados en las oscuras naves del templo que nos muestra a Jesús entre luces amarillentas con su faz sudorosa y agónica, transmitiendo en su imagen de martirio su principio en la muerte, su ley en la justicia y sus destinos en la eternidad. Si el mundo creyese, el mundo sería salvo mil veces.

¡Dichoso el que cree! Lo que para éste es verdad inconcusa que ilumina los pasos, de otra manera tan inciertos en la vida, lo que le infunde gratísima esperanza de un porvenir feliz, es para él indiferente y para el incrédulo absurdo, escándalo y locura. Tal ocurre con los misterios de la Cruz.

Sea en todo tiempo nuestra divisa y nuestra guía Jesucristo y su Cruz; ella nos salvará. Impregnados de su savia vivificadora, sentiremos que las fibras de nuestros corazones no vibren sino de amor al que se sacrificó por salvarnos; pues ni aun haciéndolo así, podrá siquiera aproximarse nuestra gratitud a la altura que alcanzó el sacrificio de Dios.

R. MENDEZ GAITE
Presbítero



UNAS LÁGRIMAS DE MISTRAL



Es un episodio poco conocido de los comienzos literarios del gran bardo provenzal. Federico Mistral empezó a escribir *Mireille*, la obra que había de darle perdurable gloria, cuando tenía ventidós años. Si esto parece afirmar su precocidad, por lo que sigue, se ve que tuvo bastante la discreción y el buen fino, necesarios para no ser impaciente. Si en algo es necesario y aun imprescindible no ser impaciente es en arte. Y aun, yo diría que en todos los órdenes de la vida. Creo firmemente que una grandísima mayoría de los fracasos en los negocios, es debida a la impaciencia. De la minoría, fracasan por falta de inteligencia unos—la miseria es vecina de la estupidez, dice un proverbio ruso—y otros, por cobardía, por no atreverse y por pereza. Rowe decía: «El discreto y activo triunfa de las dificultades con sólo atreverse a ellas. El perezoso y el tonto tiemblan y huyen a la vista del trabajo y del peligro y se crean la imposibilidad que temen.» También otro proverbio valenciano confirma esta teoría: *si quieres ser Papa propóntelo*.

Hay otra cualidad que es también una terrible enemiga del éxito: la facilidad, que como ha dicho Barbey d'Aurevilly, *peut perdre les plus beaux génies*.

Ni de impaciencia ni de facilidad dió muestras Mistral. A los ventidós años, como he consignado, escribió su hermoso poema. Corría el año de 1852. Hasta el siguiente, no se decidió a leerlo a tres poetas íntimos amigos. Es de suponer que durante ese tiempo haría en él las correcciones necesarias. Los poetas que gozaron las primicias poéticas de *Mireille*, fueron Daudet, el creador de *Los reyes en el desierto*; Joseph Marie Aubanel, el poeta impresor, de cuyas máquinas salieron las principales publicaciones que contribuyeron al renacimiento de la literatura provenzal; el poeta siempre enamorado y al cual los desengaños o las contrariedades amorosas hacían brotar en su pluma las flores de unas rimas melodiosas, y tan sentidas que con razón adoptó esta divisa: *Quand canto mon mal encanto* (cuando canto mi mal eso canto), y que le valieron el sobrenombre de Petrarca francés, y Adolphe Dumas, el poeta más injustamente maltratado en su tiempo por el público, el poeta siempre vencido, pero jamás descorazonado, el eterno y épico batallador por el arte y la gloria, los dos ideales de su vida.

Los tres poetas se entusiasmaron y aconsejaron a Mistral que se fuese a París para crearse algunas relaciones que le ayudaran a comunicarse con el público.

Después de seis años de retoques en el poema, Mistral siguió el consejo de sus amigos.

El gran Lamartine le acogió con paternal cariño. Oyó complacido, cada vez más emocionado, los cantos de *Mireille*. Para concluir pronto: *Mireille* apareció en 1859, formando un volumen en octavo francés al precio de 7,50 francos en la librería de Roumanille, impresor de Avignon.

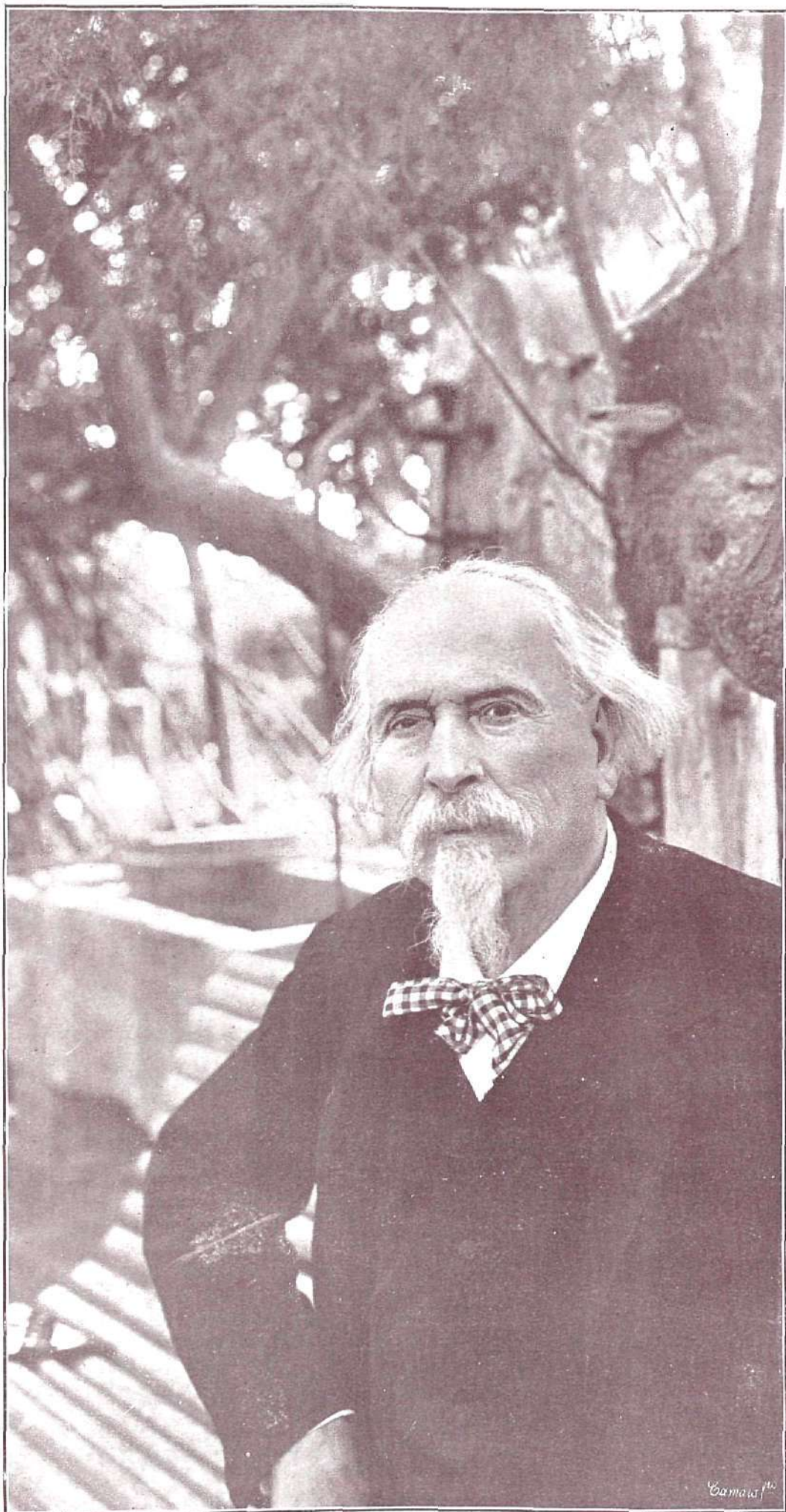
El éxito fue inmenso. Jorge Sand proclamó a Mistral como uno de los más grandes poetas franceses. Pero el mejor artículo, el que popularizó en un día el poema, fue el publicado por Lamartine en sus *Entretiens*. Antes el autor de las *Meditaciones* invitó a Mistral y a su amigo Dumas a escuchar la lectura del artículo que acababa de escribir.

Fue una escena conmovedora: Cuando Lamartine terminó de leer, Mistral quiso levantarse de su asiento para dar las gracias a su glorioso patrocinatorio.

Pero las lágrimas ahogaron su voz y la emoción le hizo caer otra vez sentado... Mistral lloró las lágrimas más dulces de su vida... y quizás ninguno de los homenajes que recibiera luego, con haber logrado los mayores honores que Francia haya podido dedicar a sus poetas, le conmoviese como aquel momento en que otro gran poeta al colocarle en la frente su propia corona de laureles, le hizo sentir el escalofrío de la inmortalidad... en plena juventud.

Porque del calor que dan los homenajes, ya entrada la vejez, puede juzgarse por estas palabras que escribió el poeta vienes Gosilperzer, después de la fiesta de su octogésimo aniversario: La centésima parte de estos honores, me habría hecho feliz en mi juventud. Ahora, son estos el golpe de gracia que me mata...

EL BACHILLER CORCHUELO



FEDERICO MISTRAL
Gran poeta provenzal, que ha fallecido recientemente

FOT. HALLINGB



DE LA VIDA QUE PASA

DIBUJO DE EL VIA

≡ LA PENETRACIÓN PACÍFICA ≡

Mis lectores saben que me he significado más de una vez como decidido anti-taurómaco. Pero la vida, dicen, es, como la política, transacción, y empiezo a creer que las corridas de toros pueden llegar a ser un poderoso factor en pro de uno de los mayores empeños en que se ve empeñada hoy nuestra patria. Me refiero a la ocupación, conquista, colonización, penetración, ó como quiera llamársele, de Marruecos.

Aparte de otras razones de índole histórica y geográfica, creo que una de las más poderosas que abogan en favor de que sea España la civilizadora de Marruecos, es la mayor analogía de nuestro pueblo con el pueblo marroquí. Si los moros han de llegar a la civilización europea tiene que ser pasando por la española y no por salto. Nuestra modesta y si se quiere pobre cultura es el escalón para que puedan subir a la sublime Kultura con la mayúscula.

Y creo que en esta nuestra noble tarea, nos puede ayudar mucho el llenar Marruecos de plazas de toros.

En cuanto los moros se acostumbren a llamarle morral y cochino a la persona de autoridad que presida una corrida, habremos dado un gran paso para que depongan las armas. Y si llegan a armar una bronca porque un toro ó un diestro salieron mansos: ¿para qué quieren firotrear a nuestros convoyes?

Esto por de pronto; que el día que salga un fenómeno de torería de la tribu de Anyera ó de Beniburriel, — el Babuchas, pongo por caso — los tenemos ya ganados.

Lo que hace falta es canalizar sus instintos belicosos, y vale más, sin duda, templar el ánimo combativo, viendo desde la barrera cómo un pró-

jimo expone su vida, que no exponerla uno al ir a quitársela a otro.

Y además, y ante y sobre todo, así se pondrán los moros a discutir de toros y no pensarán ya en la guerra santa, ni en... Es decir, no pensarán. Porque para discutir de toros no hace falta pensar. Por lo menos, cuando oigo esas discusiones, observo que siempre dicen las mismas cosas y del mismo modo.

Y con la torería les llevaremos la flamenquería. ¡Y esto sí que contribuirá a la penetración pacífica!

El Sr. Rodríguez de Celis escribía desde Tetuán a *La Correspondencia de España*, lamentándose de que la flamenquería española hubiese entrado en Marruecos. Me parece que se equivocaba. A los moros les gustan los fenómenos. De lo que parece que no entienden gran cosa es de los números. Y cuando vean a un torerito bien perfilado, bien ceñido, haciendo monerías y florituras tauromáquicas, se habrán de derretir de gusto, no me cabe duda.

Decía el Sr. Rodríguez de Celis que mientras aquellos flamencos profesionales se daban unas *pataitas* desgastando cuatro *jipios*, «los moros escondían su cara en la chilaba y sonreían burlescamente, sintiendo vergüenza de presenciar la escena». ¡Qué! Cuando se siente vergüenza se sonroja uno, pero no se sonríe burlescamente. No, los moros no era vergüenza lo que sentían al ver aquellos tres chulillos de «abundante y áspere pelo negro aplastado contra las sienes, el rostro limpio... de vello, vestidos con chaquetilla corta llena de alamares, pantalón de talle escandalosamente ajustado y *botinas* de caña de color y tacón alto», tales como el Sr. Rodríguez de Celis nos los describía.

«Oblíguese a esos vagos hampones a trabajar en las obras públicas, al sol, en plena carretera, etcétera, etc.» Así prosigue, moralizando, el corresponsal de *La Correspondencia de España* en Tetuán. Y yo siento disentir de él. No, ni a los *bailaores* y *tocaiores* flamencos ni a los toreros, conviene obligarles a trabajar de esa manera, sino que trabajen en sus respectivos oficios, pero en Marruecos, para ayudar así a nuestra penetración pacífica en aquel país que nos está encomendado por Europa civilizar.

No me cabe la menor duda de que para subir del Corán de Mahoma a la Crítica de la Razón Pura de Kant, hay que pasar antes por las corridas de toros y la flamenquería. No cabe hacer ciertas cosas *per saltum*.

Estoy convencido de que nosotros los españoles somos los indicados para civilizar y culturizar—que no es lo mismo que cultivar Marruecos.—Porque otros pueblos de los llamados cultos se dan tan mala maña para civilizar bárbaros que no saben hacerlo sin exterminarlos de un modo ó de otro y ocupar su puesto ó esclavizarlos. Nosotros no, donde quiera que hayamos ido a civilizar bárbaros ó salvajes hemos sabido ponernos a su nivel y alcance. Como que por eso hemos sido, dígame lo que se diga en contrario, el pueblo civilizador por excelencia, el más productivo en mestizos y mulatos. ¿Y no es acaso la mula, en otro respecto, un producto muy castiza y genuinamente español? El hibridismo, aunque sea estéril, no nos asusta ni avergüenza.

Hay, pues, que llenar a Marruecos de plazas de toros y de colmados en que unos *bailaores* se den cuatro *pataitas*. Eso, y no otra cosa es penetración pacífica.

MIGUEL DE LINAMILINO

LOS PROGRESOS DE LA AVIACIÓN



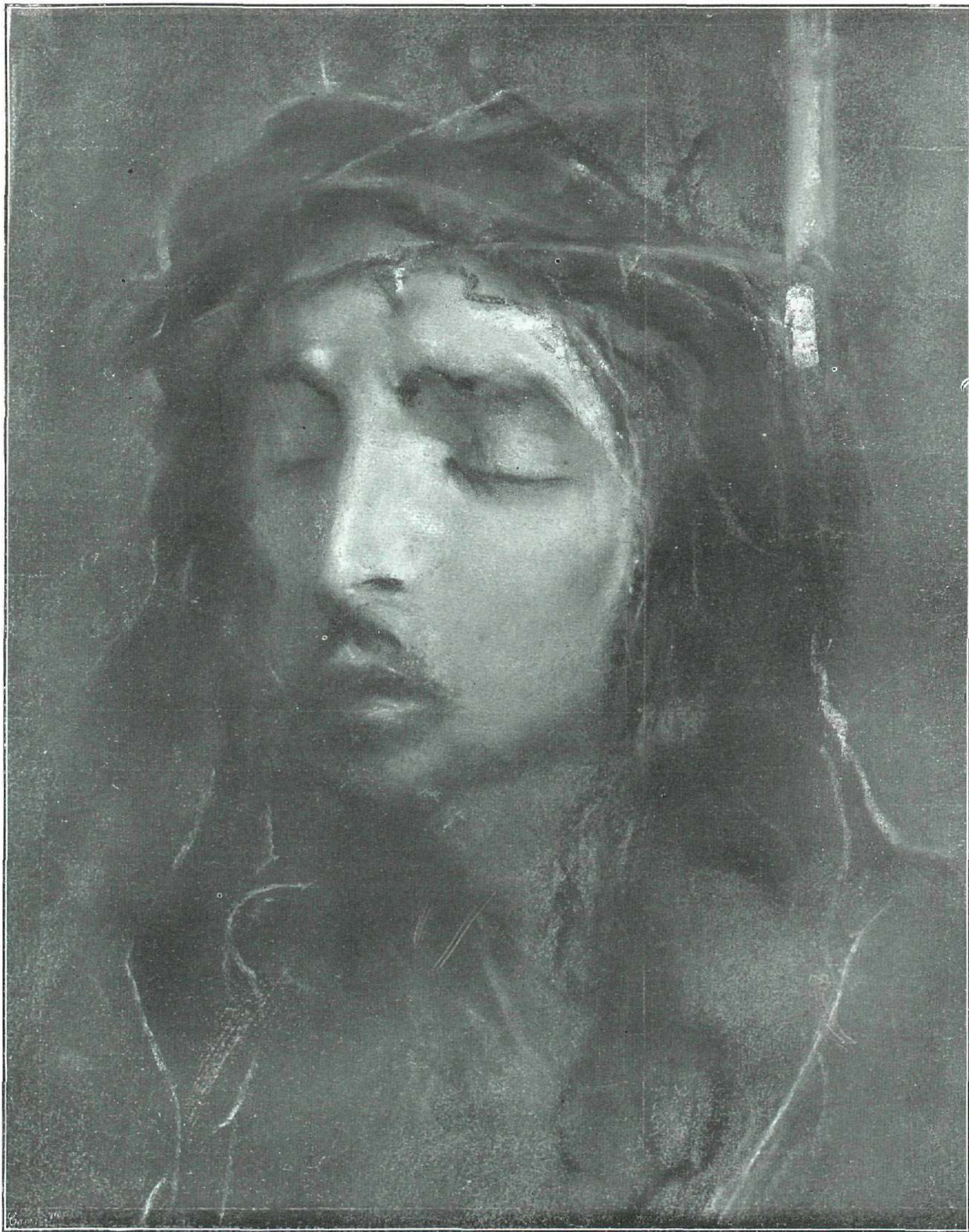
El "sportsman" francés, M. Bourhis, descendiendo, en paracaídas, desde el aeroplano de Lemoine, situado á 4.500 metros de altura

Hace pocos días se verificaron, en París, interesantes ensayos de un
electuada en julio último. El aviador Lemoine elevó en su monoplano
llamado Mr. Bourhis, se dejó caer en el salvavidas Bonnier. Arrastrado por el viento en un principio, fué á caer felizmente á cosa de un kilómetro del punto de descenso, sirviéndole de mullido lecho
la corriente del Sena, de donde fue extraído sin más daño que el de la mojadura

paracaídas, inventado por M. Bonnier, que ya hubo de emplear satisfactoriamente Pegoud en una prueba
hasta alcanzar una altura de 4.500 metros, y una vez allí, el viajero que le acompañaba, cierto *sportsman*
dibujo de NATANIA

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



ECCE-HOMO

Dibujo al pastel del insigne pintor malagueño Joaquín Martínez de la Vega

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



MATER DOLOROSA

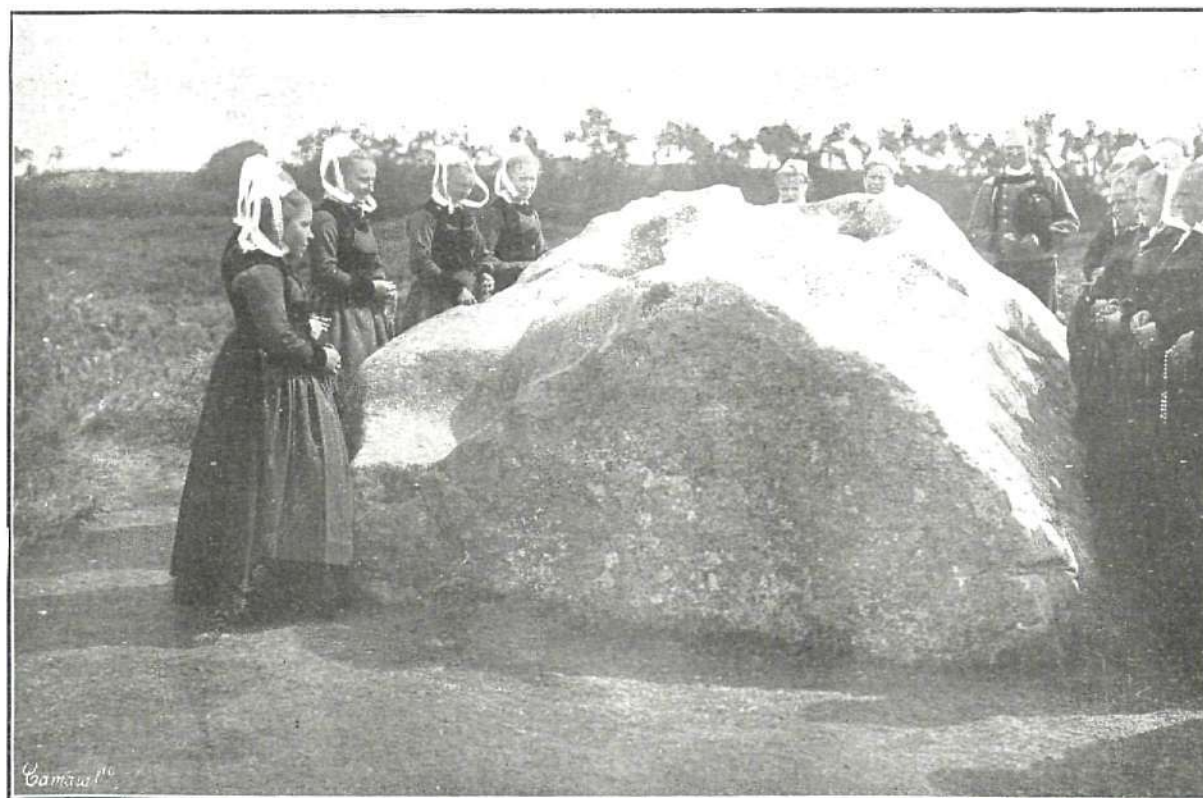
Dibujo al pastel del insigne pintor malagueño Joaquín Martínez de la Vega



Pintoresca procesión de las nodrizas, la más característica de Bretaña, y que atrae más devotas



Llegada de los peregrinos a Sainte Anne la Palud, vistiendo el traje típico de la región



Silla de San Renán, objeto de piadosa devoción en Bretaña

MIENTRAS el jacobinismo de los Gobiernos franceses ha procurado por todos los medios ir desarraigando de las regiones del país las creencias religiosas, en una de ellas, en la vieja Bretaña, no sólo se ha opuesto al avance del «espíritu nuevo» un valladar infranqueable, sino que ha parecido cobrar mayor fuerza el sentimiento cristiano. Desde hace algunos años se observa, en efecto, que el número de peregrinaciones a los muchos lugares de devoción de la histórica *Armorica*, ha aumentado considerablemente. Las peregrinaciones bretonas, allí denominadas *Pardons*, y que popularizó Meyerbeer en su famosísima ópera *Dinorah*, tienen un origen remotísimo.



Mujeres bretonas bebiendo en la fuente milagrosa de San Jerónimo

Hoy fiestas populares y religiosas, fueron en la antigüedad ceremonias solemnes é íntimas, en las que se reunían los fieles para recibir la Sagrada Eucaristía y ganar indulgencias. Cada pueblo de alguna importancia celebra su *Pardon*; que nunca falta, si el santo parroquial no tiene grandes virtudes milagrosas, alguna ermita ó santuario ó simple *via-crucis* en donde se venera determinada imagen, á la que por tradición se le reconocen tales virtudes. Las peregrinaciones atraen millares de fieles y gran cantidad de turistas aficionados á lo pintoresco.

Las fotografías adjuntas dan idea del sentimiento profundamente religioso de la vieja Bretaña, del país dorado de las leyendas.



Uno de los «via-crucis» del camino de Troméne, en donde se venera una imagen milagrosa

CUENTOS ESPAÑOLES

LOS VETERANOS



Es río. Un gran calor todo rojo, calor de agonia, que aplasta, que todo lo hace fenecer.

En el cielo, como rescoldo bárbaro de una inmensa hoguera, se aquieta, implacable, el fuego dormido. En las calles hay un terrible vaho. Se oye la voz desfallecida, ronca, de algún pregonero, y el gorgear angustiado, en las cornisas, de golondrinas y de gorriónes. Pasa, lento, con sus cuatro mulas flacas, en recua, un carro que chilla con honda quejumbre. Dormido sobre unos grandes talegos, como degollado, con los brazos abiertos, el carretero yace inmóvil.

A la sombra, guarecidos bajo un álamo, platican dos hombres. Uno, es zapatero errabundo. Mendigo es el otro. El zapatero, un viejeco renegrido y encorbado, fuma de vez en vez, arrancándole a su pipa un negro humo pestilente, y según habla, corcuse los zapatos rotos de un vecino pobre. El mendigo es viejo también, y tiene ralo y encrispado el cabello, negra la cara, al aire un pecho velloso de cerdas hirsutas y

grises. Cruza su espalda un zurrón donde lleva mendrugos y el aceite para el yantar. Los dos están rotos, caducos, misérrimos, corroidos por la roña. El calor es cada vez más fiero, más brutal. Gorgean, tímidos, los gorriónes y las golondrinas, y el carro se aleja gruñendo.

Hablan...

EL ZAPATERO.—Celebro haberte visto, compadre. ¡Mira que son años! Tenía yo entonces...

EL MENDIGO.—Yo tenía veinte. ¡Vaya un mozo! No tuvo mejor soldado el Rey D. Carlos de Borbón. Buen talle, buen palique contra las mozas, buenos puños contra los alfonsinos.

EL ZAPATERO.—¡Ah, yo soy más viejo, galopín! ¿Te acuerdas? En el pueblo eras tú un mocosiello cuando me fui con la República. Ni recordarás. Yo, tal como si fuese hoy. ¡Era yo un mozo...! Aún veo a D. Emilio Castelar hablándole al pueblo sobre unos toneles. ¡Qué hombre! ¡Era un ruiñeñor! ¡Una flauta!

EL MENDIGO.—¡Pues y D. Carlos! Nunca hubo

Rey más guapo en el mundo. Tenía una gran barba, y unos ojos negros, y un aire... A caballo estaba hermoso, ¡hermoso! Yo me jugué la vida por D. Carlos muchas veces con un gozo tan vivo... ¡Qué tiempos aquéllos! ¡Qué dicha!

EL ZAPATERO.—Para tiempos los míos, compadre. Toda la vida en asuas, entre barricadas y motines, en plena revolución. Morían algunos, ¡pero los otros, a matar! Por D. Nicolás Salmerón hubiera dado toda mi sangre. Dices que don Carlos tenía los ojos negros. Salmerón sí que los tenía. Daban espanto, ¡qué hombres aquellos tan arrogantes! ¡Qué vida tan bonita!

El zapatero se agacha sobre su labor, agujerea un zapato con su lezna mohosa, unta el hilo con pez, y cose. Por su frente rugosa, el sudor corre vertiginoso, en ríos. El pordiosero, que ha visto llegar a un transeunte, alarga su mano, pero la retira, vana, estéril. El sudor corre también por su faz marchita y rugosa. Pasan unos instantes. El calor arrecia, implacable

y siniestro. Se ve ir y venir, sonsonando, á un moscardón.

EL MENDIGO.—Te juro que me alegra verte y haberte. ¡Me recuerdas cosas tan antiguas! ¡Mira que haber sido yo un mozo garrido, con más novias que un hailabonitas! ¡Mira que haber sido yo un soldado tan valiente que D. Carlos mismo, con su mano real, me puso una cruz en la guerrera! Al recordarlo, á veces lloro como un niño.

EL ZAPATERO.—Pues no te digo nada... ¡Yo! En Cariagena me batí como un héroe, cuando los cantonales. No tengo cruces, pero tengo una cicatriz en este muslo que vale por todas las cruces.

EL MENDIGO.—No presumas de cicatrices estando yo á tu vera. Mira...

Y, orgulloso, enfático, se desabrocha la mugrienta camisa, y enseña un costado lleno de mugre, donde hay una enorme, terrible hendidura. Luego, sonriendo, exclama fanfarrón:

¡Nada! Un bayonetazo. ¡Presume!

EL ZAPATERO.—Y con derecho. Que si tú puedes enseñar ese costurón, puedo enseñar otros que achican á ese. En un brazo tengo huellas de metralla, y en la cabeza un chílo de sable. Fué una herida que me tuvo á morir.

EL MENDIGO.—¡A morir! A morir estuve yo en Vitoria, recogido en un convento. Un tiro en el vientre... ¡Una bicoca! ¡Presume!

EL ZAPATERO.—Y tengo por qué. Y no hables de sacrificios ni de valentías, ni te des tanta importancia conmigo. ¡Estuviste á morir! ¡Vaya una cosa! También estuve yo, y además perdí en una batalla el manejo de la mano izquierda. Un maldito cartucho que me reventó. Así me veo de zapaterillo, pudiendo ser un gran zapatero de charol. ¡Presume, hombre, presume!

EL MENDIGO.—Tú sí que presumes, chaval. Pues mira que si te hago el recuento de mis desgra-

cias, no chistas. ¿Ves el temblor que tengo en la cabeza? ¡Desde una vez en que por nada me fusilaron! ¡Estuve prisionero! Así me veo yo hecho una piltrafa. Y aún podría decirte más cosas. Pero te quiero dejar presumir todavía un rato.

EL ZAPATERO.—¡Presumir! ¡Y con razón! Y sobre todo, los carlistas se callan cuando hablan los republicanos. Erais más blandos, más cisquillas...

EL MENDIGO (enojado).—Si vuelves á decir eso, vamos á tener un disgusto. ¡Cisquillas! Eso vosotros, que andabais huyendo como liebres en cuanto veáis dos fusiles alfonosinos. Nosotros corríamos con los alfonosinos también. Pero dirás...

EL ZAPATERO (irguiéndose).—Tú y yo acabamos á bofetadas hoy. No me injuries á la República porque te mato. La quiero más que á mi madre, ¡mucho más que á mi madre!

EL MENDIGO (iracundo).—¡A bofetadas! ¡Cuándo quieras! ¡Decir que los carlistas!... ¡Si éramos lobos, tigres, leones! No me hables mal de la causa porque te ahogo, pues la quiero con ceguera, ¡con locura!

El moscardón sigue sonsonando en torno del grupo. Las casas están cerradas, herméticas, temerosas del estío. Nadie atraviesa la calle. No se oye voz ni ruido alguno. Sólo el moscardón, obsesionado, va, viene, sonsona... De pronto, los interlocutores rien.

EL ZAPATERO.—¡Mira que pelearnos ahora, tan viejos!

EL MENDIGO.—¡Somos tontos, compadre!

Hay otra pausa. El mendigo, sacudiendo su modorra, su pereza, incorpórase al fin haciendo crujir su pobre osamenta deplorable. El zapatero, rendido por la faena, deja caer sus brazos.

EL MENDIGO.—Bueno, compadre, que aún no

comí. ¿Sabes? Aún no comí. Voy á dar una vuelta. ¡Qué hacer!

EL ZAPATERO.—¡Suerte! Yo voy á rematar esta chapuza y á ganarme también la pitanza, que si tú no comiste, yo le ando cerca.

EL MENDIGO.—Bueno, ya te veré por ahí. ¿Dónde tienes tu casa?

EL ZAPATERO.—Allá, en las Injurias. Vivo con un hijo ciego que no lo puede ganar el infeliz. ¡Pena fortuna! ¡Y estas pícaras manos cada vez más viejas! Y tú, ¿dónde vives?

EL MENDIGO.—¿Yo? Yo tengo una casa muy grande. El mundo.

Y rien con sus bocas desdentadas, haciendo unas muecas horribles. El calor es ya bárbaro, inicuo. En las calles todo está quieto, aletargado. Los gorrones y las golondrinas cesan de gorgear. Se oye, súbito, el grito de un pregoneiro airado. Y de pronto se posa el moscardón sobre la frente del zapatero para beber, ávido, goloso, el sudor. Y de improviso, un parásito enorme, repugnante, se asoma entre las greñas del pordiosero, y desde allí dijérase que sus ojuelos invisibles tienen un trágico fulgor de sarcasmo y de ferocidad.

EL MENDIGO.—Adiós, compadre. Puede que no volvamos á encontrarnos.

EL ZAPATERO.—Puede...

Y el mendigo, rastreando, se aleja por fin, bajo el sol, al azar... Se oyen tres, seis, diez golpes de martillo, jadeantes, cada vez más débiles, cada vez más rendidos, en la suela. Un gorrión desde su alero, ha caído al arroyo, asfixiado, muerto, con las plumitas trenzadas, las patitas convulsas...

Luis ANTÓN DEL OLMET

DIRIGIDO DE MEDINA VIEJA



Las joyas del Museo del Prado

EL MISTICISMO Y LOS PRIMITIVOS

El descendimiento de la Cruz es tal vez la obra suprema de Rogier Van der Weyden, la que afirma su concepto elevado y patético del Arte, la admirable dualidad dramática y religiosa de su inspiración. El original del *Descendimiento* se conserva en el Monasterio del Escorial. Fue pintado hacia el año 1465 para la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, de Louvain, y posteriormente la adquirió María de Hungría, Regente de los Países Bajos, para enviarla a España. Felipe II encargó a su pintor de Cámara el flamenco Miguel Coxeyen, llamado *Miguel Flamingo* (1500-1592) una copia de la obra de Van der Weyden que es la conservada en el Museo del Prado y reproducida en estas páginas. Existen otras varias copias de artistas de la época inferior

res en mérito y escurpulosidad a la de Coxeyen; pero también notabilísimas, como la del Kaiser Friedrich Museum de Berlín, la de la iglesia de San Pedro de Louvain (que algunos críticos franceses afirman ser la verdadera copia de Coxeyen), y la que también se conserva en nuestro Museo y que procede de la iglesia de Nuestra Señora de los Angeles. *El descendimiento de la Cruz* representa el momento en que Simón Ciríneo, subido en lo alto de una escalera apoyada sobre la cruz, sostiene el cuerpo de Jesús por un brazo mientras José de Arimatea le sostiene por el otro y Nicodemo por los pies. En la parte izquierda de la cruz la Virgen yace desmayada, sostenida por San Juan y María Salomé. El famoso cuadro fué atribuido á Alberto Durero por Goya.



"El descendimiento", cuadro de Van der Weyden, del Museo del Prado

No ya el distraído visitante, que en los días de entrada gratuita recorre indiferentemente las salas de nuestra Pinacoteca, sino el curioso alicionado, que acude al Museo dispuesto á admirar la enorme riqueza artística allí atesorada, suele salir sin conocer las tres salas bajas donde están expuestas las obras de los primitivos.

Y, sin embargo, acaso en estas salas silenciosas y casi siempre desiertas es donde el espíritu halle más gratas sorpresas emocionales y donde aguarda siempre para los ojos una fiesta de visualidad luminosa y colorista.

Rotuladas con el título de *Salas de Alfonso XII*, se desciende á ellas por una puerta que hay á la derecha de la rotunda de entrada.

Ya al bajar por las escaleras un poco sombrías, en las que nuestros pasos despiertan sobre la piedra oquedosas sonoridades, nos invade una inquietud de misterio. Hay algo de descenso á una cueva de prodigios. El pasado que allí nos espera, con ser menos remoto que el de los claros Museos escultóricos—en que la luz ríe sobre la vieja gracia helénica detenida en el ritmo del mármol,—nos parece aún más remoto.

Luego, ante los cuadros de estos admirables flamencos, germanos, incluso españoles, de los siglos remotos, nos detenemos extasiados y

agradecidos á quien les dispuso tan recogido y apartado asilo.

¡Bien lejos las salas de Velázquez y de Murillo, con sus obstáculos de copistas! ¡Qué distinta la paz serena de estas salas bajas á las de los pasillos centrales, por donde cruza la gente hablando en voz alta, riéndose de los *estiramientos* del Greco, que no comprenden, ó para disimular la malsana y antiestética turbación que causa en su ánimo los desnudos exuberantes de Rubens y Van Dyck!

Aquí nada interrumpe nuestra entrega espiritual á la belleza pretérita. Los mismos celadores andan como de puntillas y como bajo el peso de una íntima abstracción filosófica que les inculcaba la cotidiana contemplación de los cuadros.

Porque nada tan propicio á remover las nobles ideas, las melancólicas especulaciones ó los mudos é íntimos diálogos con nuestro yo, como las obras extrañas, quiméricas, de Jerónimo Bosc; las recias y atormentadoras de Breughel *el Viejo*; la serenidad de Alberto Durero; el patético dolor de las vírgenes de Van der Weyden; la casi esmaltada coloración de los Van Eyck; el místico realismo, pleno de elegancia, de Memling; los paisajes, soñados ante el natural, de Patinir; los ascetas de Marinus; las cacerías de Lucas Cranach; las bíblicas escenas de Petrus

Cristus; la severa energía del español Gallegos, aprendida en los cuadros de Thierry Bouts; la suavidad de color—en contraste de la dolorosa crueldad lineal—del divino Morales, vista en Rafael; las vírgenes sentadas en los vestíbulos de templos renacentistas, que pintaba Jan Gossaert; la idealidad suprema de Ora Giovannida Frowole...

En esta semana de religiosidad y de recogimiento, que mañana empieza, el misticismo de los primitivos es un amplio cauce para la meditación. Hemos querido, amigo lector, recordárselo hablándole brevemente de algunos de los más grandes pintores de nuestro Museo. Por hoy nos limitamos á los más representativos: los hermanos Van Eyck, Rogier Van der Weyden, Joaquin Patinir, Hans Memling y Pedro Breughel, *el Viejo*.

ooo

En el súbito y esplendoroso surgimiento de las primitivas escuelas flamenca y neerlandesa, los hermanos Humberto y Juan Van Eyck ocupan el primer puesto. Son los perfeccionadores de la pintura al óleo, los que emplearon secantes y barnices inventados por ellos que daban una permanencia y una brillantez desconocidas hasta entonces en la pintura al óleo.

A causa de esta renovación se les atribuyó en

siglos anteriores el descubrimiento de este género de pintura.

Error notorio. No sólo en el siglo XII, como dicen, atribuyéndoselo al monje Teófilo que diera la fórmula en su *Diversarum artium schedula*, sino ya en el siglo X, un famoso manuscrito de Eraclius describe la fabricación del aceite destinado a la mezcla del color.

Cennino Cennini lo empleó ya perfeccionado. Desde Cimabue a Perugino, en el período admirable de los precursores, ya se adivina el aceite en el brillo y transparencia de algunos fragmentos de sus obras. Dalbon, en los *Orígenes de la pintura al óleo*, copia ciertos contratos de 1320 y de 1350 en los cuales ya se encargaban pinturas decorativas en finos colores al óleo.

Y, sin embargo, Vasari atribuyéndoselo única y exclusivamente a los Van Eyck, fija en 1410, la invención de este género de pintura.

Lo cierto es que los dos hermanos fueron los que elevaron y depuraron su arte de un modo casi definitivo. Los demás maestros del renacimiento flamenco siguieron sus huellas.

Humberto nació, probablemente, el año 1370, en Maeseyck, y también en esta ciudad del Limburgo belga nació, veinte años después, su hermano Juan. Humberto murió en Gante, en Septiembre de 1426, y Juan, en Brujas, en Junio de 1441.

Su obra fundamental y, desde luego, la única



"Descanso de la Santa Familia", cuadro de J. Patinir

en que hay la seguridad de haber colaborado los dos hermanos es *La adoración del Cordero místico*, el admirable políptico dispersado hoy por Gante, Bruselas y Berlín y que representa en la pintura flamenca lo que los frescos de Masaccio en la escuela italiana. Fue empezado el año 1420, por encargo de Judocus Vijd, para la iglesia de San Bavon, de Gante. Consta de trescientas treinta figuras, y cuando sólo estaba terminada la parte superior murió Humberto y hubo de terminar la obra su hermano Juan, que trabajó en ella hasta el 6 de Mayo de 1432.

Todas las demás obras que llevan el nombre

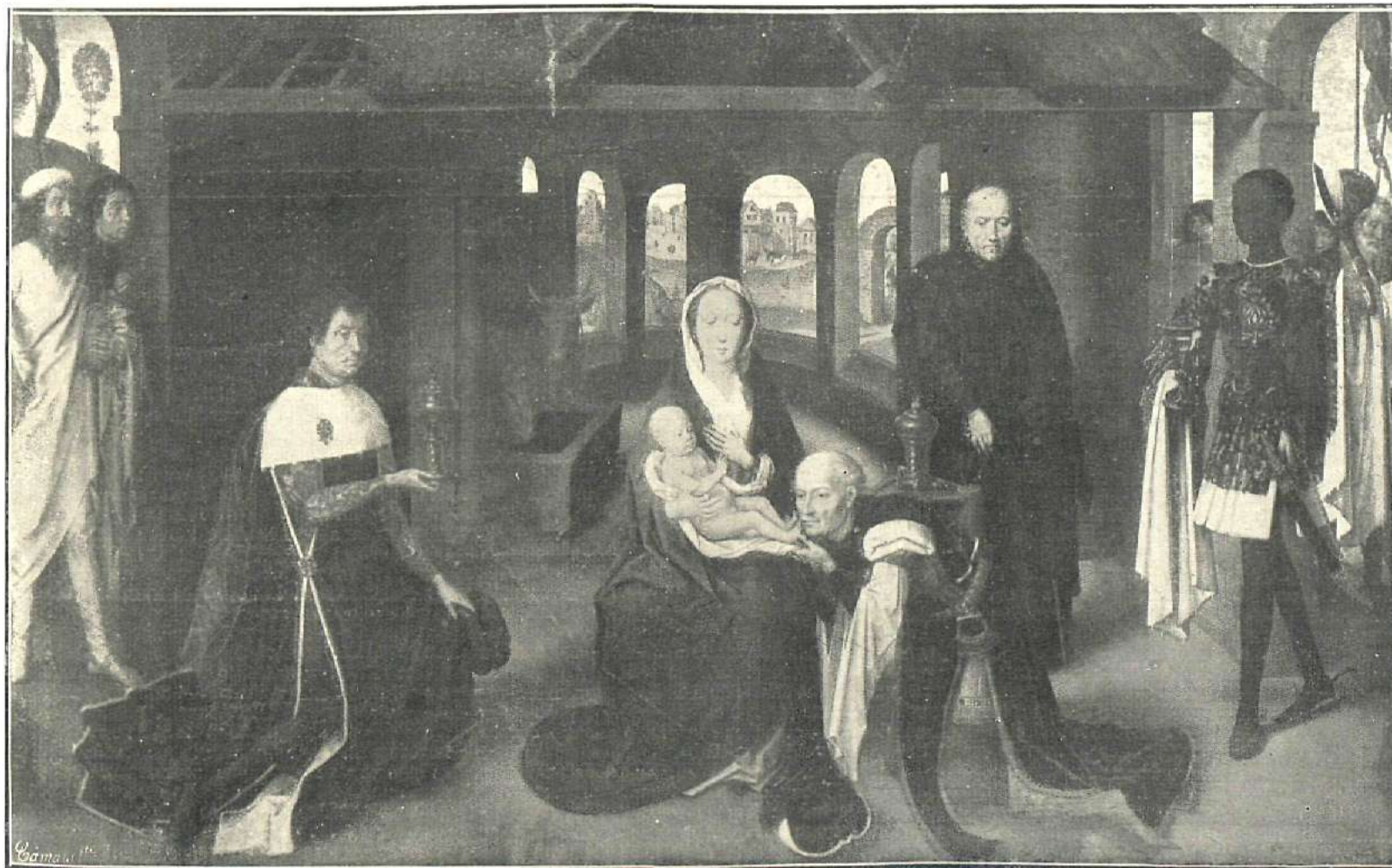
de Van Eyck salieron únicamente de los pinceles prodigiosos de Juan.

Nuestro Museo del Prado sólo posee dos obras de Van Eyck. Una de ellas es la que reproducimos en estas páginas titulada *El Salvador, la Virgen y San Juan Bautista*, cuyas figuras recuerdan las de los mismos sagrados personajes de *La adoración del Cordero*. La otra es *El triunfo de la Iglesia sobre la sinagoga*.

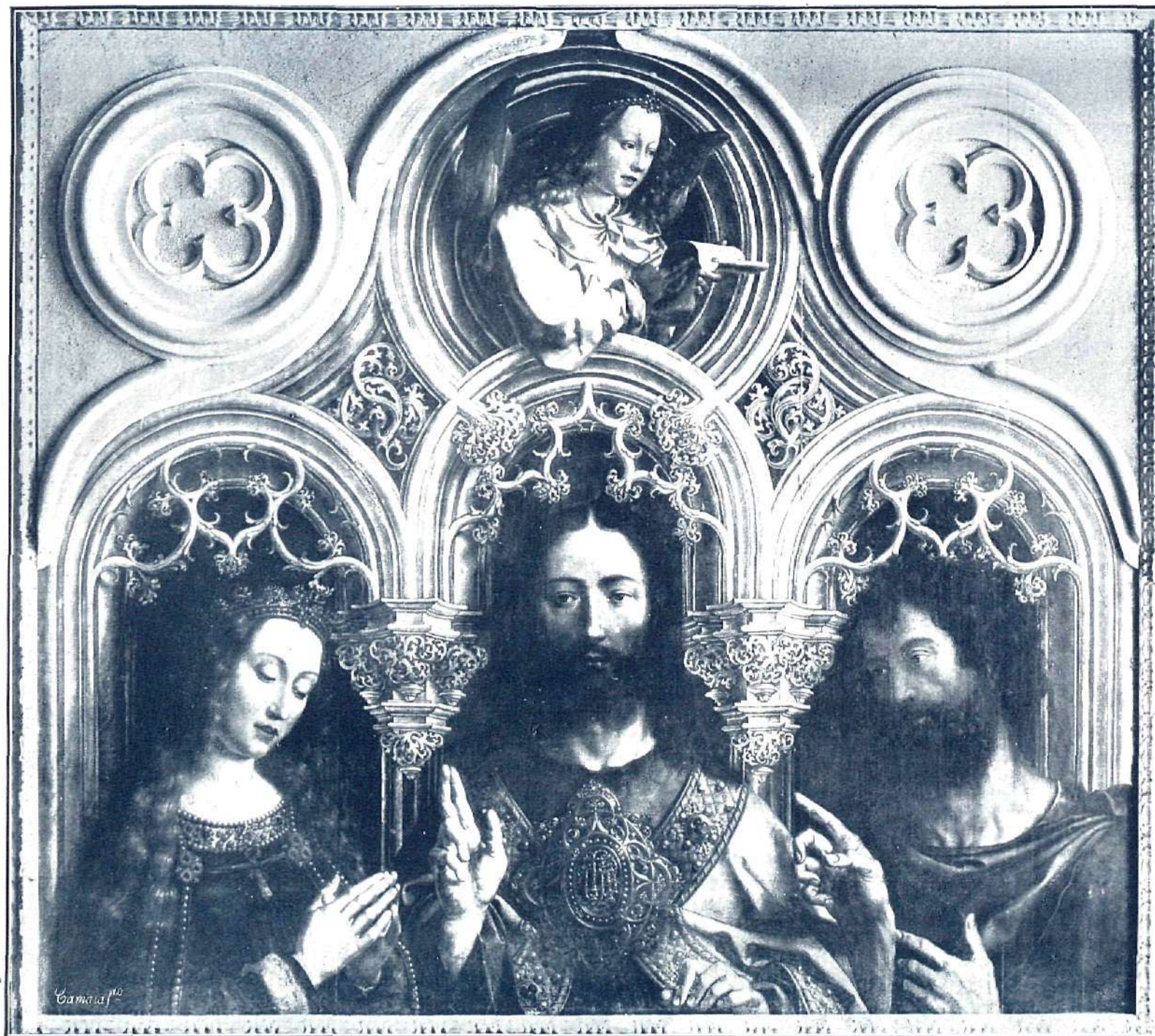
Una gran modestia caracterizaba a estos grandes pintores. En la tumba de Humberto se leía lo siguiente, debajo de un esqueleto yacente esculpido en el mármol: «Ved en mí vuestra imagen, los que pasáis sobre mí. Como vosotros sois, fui en otro tiempo y ahora yaczo muerto en tierra. Ni el arte, ni la medicina me sirvieron. Honores, habilidades, grandezas y poderios no son nada ante la muerte. Me llamaba Humberto Van Eyck, fui célebre y admirado como pintor y ahora me comen los gusanos. Era algo hace pocos días y ya nada soy.»

Y Juan de Brujas, el hermano menor, en cuya tumba, los discípulos hicieron grabar un epitafio orgulloso, ponía siempre al pie de sus cuadros: «Hago lo que puedo» (*Als ikh kan*).

De Rogério Van der Weyden (Tournai-Bruselas 1400-1464) se conservan en nuestro Museo siete cuadros originales y dos copias del *Descendimiento* que se conserva en el Escorial.



"La adoración de los Reyes", parte central del tríptico de Memling



“El Salvador, la Virgen y San Juan Bautista”, cuadro de J. Van Eyck, del Museo del Prado

Van der Weyden era más «narrativo» más «dramatizante» que Juan Van Eyck. Sus episodios bíblicos tienen un naturalismo de escena familiar. Es la tendencia que se nota en todos los pintores flamencos de su época. No tenían otro remedio sino interpretar asuntos religiosos; pero sentían la necesidad de reflejar el natural, de copiar la figura humana en todo su realismo. Así se explica la costumbre de immortalizar en sus cuadros a los personajes que se los encargaban para oratorios particulares o para monasterios, templos y conventos. Así también la de vestir a las figuras bíblicas con trajes de la época en que vivía el pintor, desdénando los orientales de la época en que vivieron aquellas figuras.

No obstante, como el de Memling, en nada perjudicaba al propósito místico. De Hans Memling (Münling-Brujas 1430-1494) no poseemos más que un cuadro; pero de un valor representativo inestimable. Es una repetición con muy importantes variaciones del Tríptico que se conserva en el Hospital de San Juan, de Brujas.

Discípulo de Rogerio Van der Weyden, Memling justifica el apelativo que le diera alguien de «Virgilio de la pintura flamenca». Supo despojarse de la tiesura enfática de sus predecesores y señaló una tendencia nueva, dulce y placida, al arte. Como dice Max Rooses: «En Memling, el sentimiento dramático deja paso al idilio; la gracia sustituye a la fuerza.»

Lo más completo y admirable de su obra está en el «Hospital de San Juan», de Brujas. Así como para estudiar a Velázquez en toda su integridad es preciso visitar el Museo del Prado,

para estudiar a Memling, para hallar todos los aspectos de su arte maravilloso es necesario ir a Brujas, la ciudad-amor de Rodenbach.

Esta *Adoración de los Magos* (que reproducimos) es, como digo anteriormente, una repetición de la encargada por el monje Juan Floreins, donde está representado el donante de rodillas ante un trozo de muro derruido. Este retrato no existe en el cuadro del Museo del Prado.

De Pedro Breughel el Viejo (Brögel-Bruselas 1528-1569) tenemos el propósito de hablar extensamente. Se trata de uno de los más interesantes pintores y grabadores flamencos. Hijo de aldeanos y discípulo de Jerónimo el Bosch, supo unir la fantasía de este último al vigoroso realismo de su temperamento.

En el Museo del Prado no se conserva más que una obra suya: *El triunfo de la muerte*. Es la más grandiosa concepción pictórica de Breughel, el Viejo. Sólo algunos dibujos de Holbein y, desde luego, el famoso fresco del Campo Santo de Pisa, atribuido a Orcagna, pueden competir con esta pintura extraordinaria, y sobre la que hemos de volver en nuestro estudio acerca del «padre del humorismo».

Finalmente, digamos algunos comentarios acerca de Joaquín Palínir (Dinant-Amberes 1485-1524) que fué de los pintores primitivos quien mejor comprendió el paisaje, no ya como complemento de las figuras, sino también como algo superior a ellas, con todas las consideraciones e imposiciones del símbolo.

Examinemos rápidamente algunas de sus obras que poseemos en el Museo del Prado.

En el *Reposo de la Santa Familia*, todo lo que rodea a las figuras es de una naturaleza rebosante, sana, fecunda, *real*, mientras que a la izquierda hay un templo antiguo de idolátricos cultos, está enclavado en unas rocas ingentes, desnudas de vegetación, y todo ello envuelto en una luz azulada, de vaguedad irreal. La Virgen, para Palínir, representa la verdad; los templos idolátricos son la quimera.

Por el contrario, en *Las tentaciones de San Antonio* el paisaje es sombrío, tétrico, de tragedia, con cielos negros y hoscós, de nubes negras, con un suelo desnudo de vegetación y donde platean apagadamente las charcas de agua estancada.

En *La laguna Estigia* se reúnen los dos símbolos anteriores. A la izquierda está la tierra con igual exuberancia y árboles frondosos y aguas corrientes que en el de *Reposo de la Santa Familia*; el cielo azul y el agua cristalina. Pero, conforme miramos hacia la derecha y la barca del siniestro Caronte se acerca al Infierno, las aguas se ennegrecen, el cielo se torna sombrío, la tierra está abrasada, llamean de entre sus entrañas las luces infernales, y ante la puerta de la caldera enorme se agazapan monstruos. Además, como un reproche y un castigo para los condenados, mostrándoles lo que han perdido, en el primer término de la derecha, la tierra se torna nuevamente feraz y jugosa, con árboles, con verdor mullido, con flores brillantes y pájaros parladores...

SILVIO LAGO

LA ESFERA

LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



JESUS EN EL PRETORIO

Escuela de Morales ("El Divino").—Del Museo del Prado, de Madrid

¿A cuál de los imitadores de Morales, *el Divino*, pertenece este cuadro? ¿Es acaso de su hijo Cristóbal? ¿Es de alguno de los discípulos que frecuentaban su estudio, ó fué como un *comentario pictórico* hecho en época posterior, por un apasionado del arte extraño del inmortal

extremeno? Lo cierto es que todo recuerda en este Cristo, coronado de espigas, la técnica vigorosa y voluntariamente arcaista del *Divino*; su colorido delicado y seco al mismo tiempo y la paciente anatomía de las formas, que recuerda la factura de los primitivos flamencos.



“El triunfo de la Muerte”, cuadro de Brueghel (“El Viejo”), que se considera como la obra maestra de este gran artista flamenco, y que se conserva en el Museo del Prado, de Madrid

LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

Cuadro de Juan de Juanes, del Museo del Prado, de Madrid

En esta obra de Vicente Joannes Macip se manifiesta clara y representativa la pintura del maestro español. Hay en ella la característica influencia italiana, que informará también las obras de su padre Vicente Macip; pero debajo de la delicadeza de tonos y de la dulce religiosidad inspiradora, aprendida en Rafael Sanzio, asoma el recio espíritu de la raza. La fusión de italianismo

y de españolismo es lo que hace interesantes las obras de Juan de Juanes. Representa *El Descendimiento* a Cristo yacente a los pies de la Cruz. Nicodemo sostiene el cadáver del Redentor y la Virgen, San Juan y las Marías, lloran agrupados. Este cuadro formaba parte del retablo de la parroquia de Bocairente, comprado en 1802 por Carlos IV.

LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



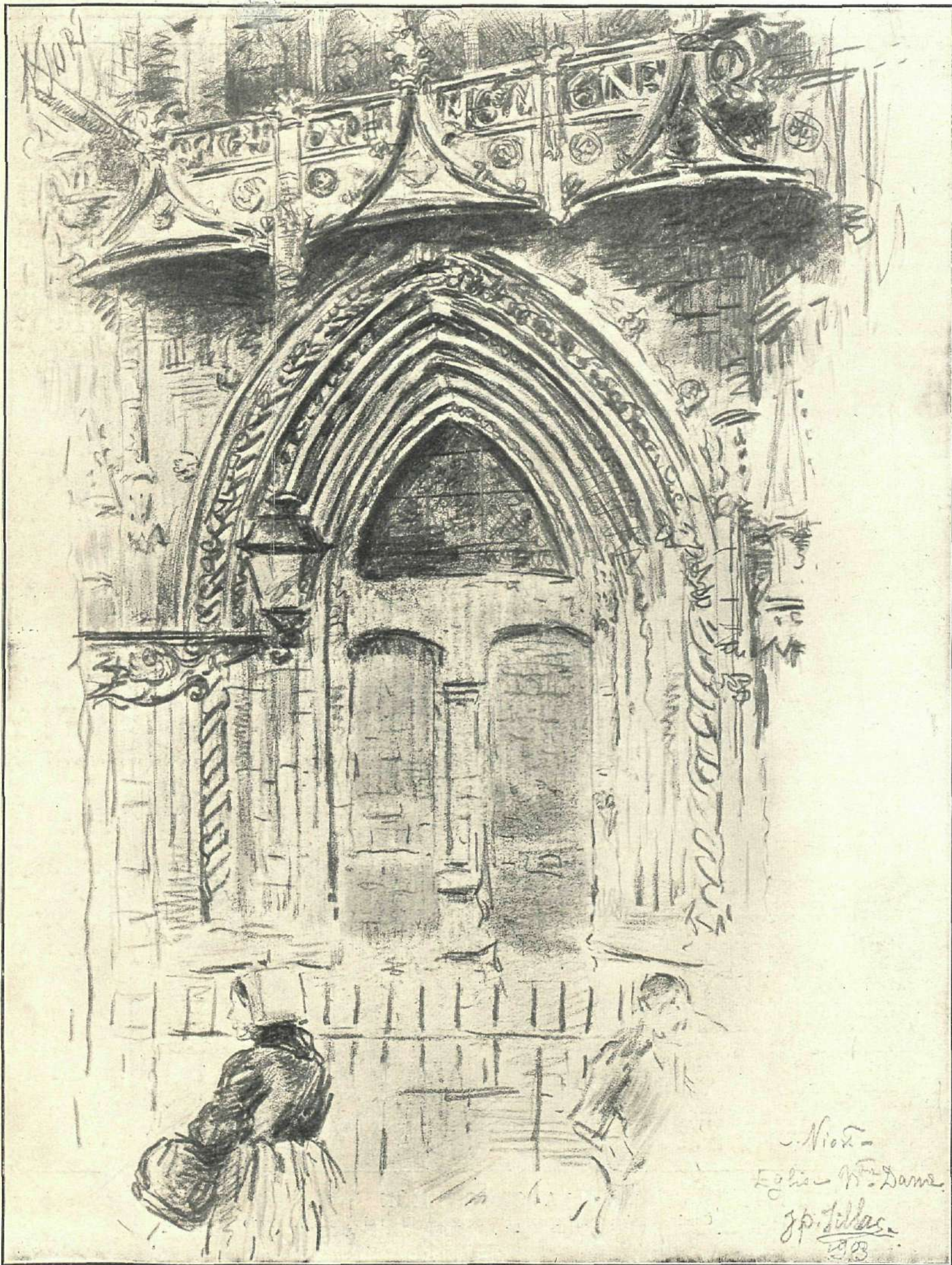
LA CRUCIFIXIÓN

Cuadro de Van der Weyden, que se conserva en el Museo del Prado

Parte central de un tríptico que, según Laborde, fué legado en 1455 por el abad Saint Aubert de Cambrai, Juan Robert, Concebido é interpretado, de parecida manera, al tríptico de *Los siete Sacramentos* del Museo de Amberes. Debajo de un amplio arco ogival, que figura la entrada a la nave central de un templo, está Jesús en la Cruz, y al pie de ella, la Virgen María

y San Juan. En la archivolta dorada del arco están representadas diez escenas de la Pasión y fuera del arco los Sacramentos. Este cuadro fué retirado en 1836 del Convento de los Angeles por la Comisión de la Academia de San Fernando, encargada de formar el Museo de la Trinidad y hoy constituye una de las joyas del Museo Nacional de Pintura.

NOTAS ARTISTICAS



PUERTA DE LA IGLESIA DE NOTRE DAME, DE NIORT (FRANCIA)

DIBUJO AL LÁPIZ POR TILLAC

LO QUE FUÉ LA SOMBRA DE ROMERO

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

Se ha hablado hace días y con motivo de las elecciones generales, de aquellos tiempos en que era D. FRANCISCO ROMERO ROBLEDÓ árbitro de la política española; dueño y señor de todos los secretos de las urnas; providencia de cuantos aspiraban a lucir sus inviolables representaciones en el Senado y en el Congreso.

La fama de ROMERO ROBLEDÓ, como invencible taumaturgo en las contiendas electorales, arranca de la fecha de 1876, cuando el primer Gobierno de la Restauración, presidido por D. Antonio Cánovas del Castillo, convocó Cortes, que aun sin tener carácter de constituyentes, promulgaron el Código político, cimiento del régimen imperante en España.

España estaba en la convalecencia de los trastornos revolucionarios. Habían pasado las vacilaciones de la Monarquía de D. Amadeo y los desórdenes e inquietudes de la República. Núñez de Arce, en *Los gritos del combate*, lanzaba apocalípticas maldiciones contra la melencolía demagógica. Sagasta, vencido en 1874, alzaba como una esperanza de la libertad dentro de las instituciones dinásticas y España, rendida por fiebres agobiadoras y delirios insubstanciales y bochornosos, apetecía con visible ansia reposo reparador y benéfica sensatez.

Aunque aún había en el Norte guerra carlista, eran bien notorias las señales de paz próxima y absoluta; el pretendiente y sus huestes iban acercándose a la frontera francesa en son de abandonar los campos ensangrentados por la lucha entre liberales y carlistas. En Madrid, advertíanse las señales lisonjeras de un fecundo renacimiento, y en Teatros, Ateneos, Academias y demás Centros de actividad intelectual, una juventud, ávida de no interrumpir la historia de España, procuraba aminorar las consecuencias de ciertos vencimientos, preparando para lo futuro un resurgir de los ideales maltrechos por exageraciones inconcebibles e ignorancias perturbadoras.

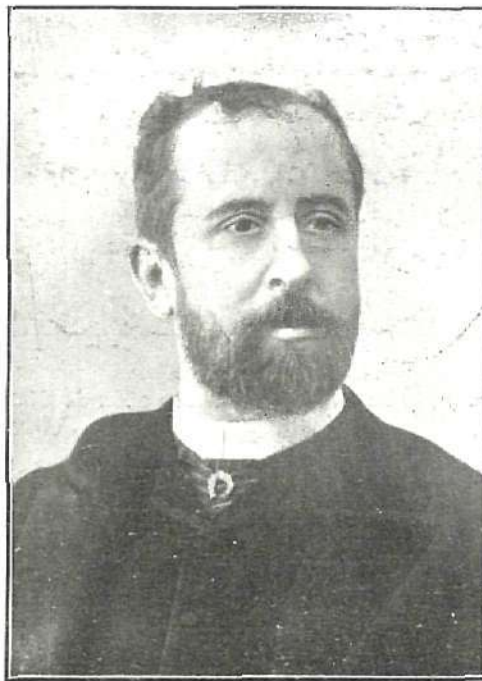
Al convocarse y celebrarse las elecciones de 1876, aún estaban en germen muchas aspiraciones que hoy lucen los caracteres de la plena madurez. ¡Qué lejano parece todo aquello! Entonces fué cuando en el Real de Madrid se cantó por vez primera una ópera de Wagner, *Rienzi*. Por cierto que en la ópera, interpretada por la Pozzoni y Tamberlick, pusieron sus manos, implacables arregladores que hicieron cortes en la partitura del inmortal maestro, para aligerarla. A pesar de los cortes, había que oír los chistes y que leer las ocurrencias de los que hablaban de

Wagner como de un músico que no llegaría nunca a ser dueño de los auditorios. ¡Y pensar que ahora, en los paseos públicos de Madrid, millares de personas escuchan con religioso silencio y aegen con frenético entusiasmo la marcha de *El ocaso de los Dioses* ó fragmentos escogidos de *Los Maestros Cantores*!

Pero han cambiado tanto las cosas desde aquella fecha en que aparecía como autor cómico D. Miguel Echegaray, estrenando una piececita en Apolo y anunciábase como una esperanza de la literatura nacional Rosario de Acuña, que obtuvo en el Circo un gran éxito con un drama, *Rienzi el tribuno*, interpretado admirablemente por Elisa Boldún y Rafael Calvo. En aquellos días logró también un triunfo desusado con su zarzuela *La Marsellesa* D. Miguel Ramos Carrión. El título de la obra puesta en música por Caballero, despertó vivamente la curiosidad pública. ¿Era una pieza alrevida, vindicadora de los ideales vencidos entonces? El público del estreno se convenció de que la nueva zarzuela,



SAGASTA



ROMERO ROBLEDÓ

más que propósitos políticos, tenía fines puramente teatrales. En ella se había echado agua al vino, para que gustase a todos, como en efecto gustó, porque durante muchas noches se oyeron los acentos de *La Marsellesa*, y eso que la época era de Restauración Monárquica, de afán por volver a lo pasado, como lo acreditaba un famoso documento en que, contra los deseos de Cánovas, pedían la unidad católica sesenta mil firmantes de una protesta, en la que figuraban doce duquesas, sesenta marquesas, cuarenta y siete condesas, una vizcondesa y una baronesa. Las elecciones, se prepararon y se hicieron casi lo mismo que las últimas verificadas, porque en esto, los progresos, cuando los hay, duran poco. Los sistemas para suplantar la voluntad del Cuerpo electoral, fueron los acreditados y aún no envejecidos de quitar alcaldes y Ayuntamientos, poner a buen recaudo personas influyentes y enseñar el garrote siempre que hubiese para ello ocasión propicia.

Y eso que en 1876, a pesar de que se usó el sufragio universal, los electores anduvieron muy retraídos. Apenas si en toda España votaron un millón quinientos mil ciudadanos. Así resultó que algunos diputados lo fueron por voluntad de escasos votantes.

Tuvieron Garmendia, en Tolosa, 550; Barcáiztegui, en Vergara, 775; el conde de Toreno, en Cangas de Tineo, 666, y D. Bruno Aragón Amurrio, 225, y todos se sentaron en el Congreso

como si millares de electores los hubiesen elevado hasta la representación nacional. Bien, que en el mismo Madrid los candidatos triunfantes, no pudieron lucir muchos sufragios. Por el distrito de Palacio, venció Romero Robledo con 5.526 votos; Ayala, en el Hospicio, con 1.894; el general Pavia, en el Centro, con 1.715; Cánovas, en el Congreso, con 2.692; en el Hospital, el marqués de Sardoal, con 874; en la Audiencia, Angulo, con 1.221, y en la Latina, Adolfo Bayo, con 2.828. Por cierto que en este distrito de la Latina, lugar donde las huestes republicanas contaban más adeptos, sólo obtuvo 156 votos D. Manuel de Llano y Persi, ilustre amigo de D. Manuel Ruiz Zorrilla.

En Barcelona no fué más copiosa en sus muestras la voluntad nacional. En el segundo distrito triunfó D. Pedro Boch por 925 votos; en el tercero Rius Taulet por 1.001, y el insigne don Emilio Castelar en el quinto por 1.941.

Tuvieron entonces actas dobles Cánovas por Madrid, como queda dicho, y por Murcia; Romero Robledo, también elegido por Madrid y además por La Bañeza; López de Ayala, que además del distrito de la Corte, obtuvo otro en Badajoz, y Posada Herrera, diputado por Llanes y por Torrelavega.

De los diputados elegidos en 1876, que eran efectivamente personajes, se cuenta, además de algunos citados, a Sagasta, Pidal, Navarro Rodríguez, Moreno Nieto, Alonso Martínez, Núñez de Arce y marqués de Villamejor.

En la lista de los diputados de entonces, figuran algunos centenares de nombres que no han dejado el menor rastro en la historia. En aquellas Cortes fué secretario primero del Congreso D. Francisco Silvela, y tuvo dos votos para este cargo D. Raimundo Fernández Villaverde.

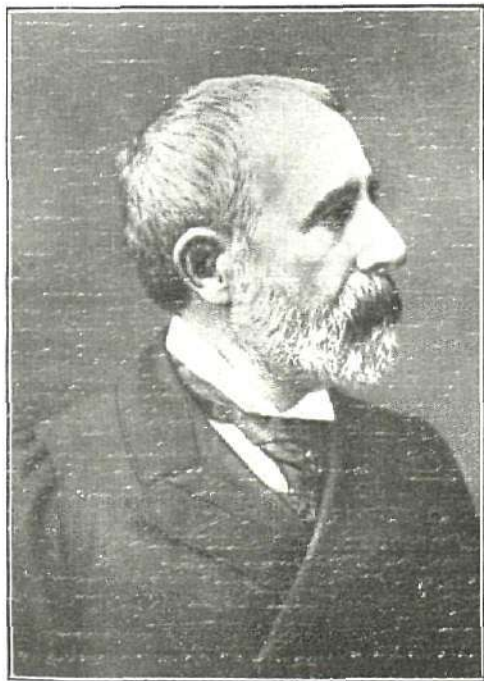
La Prensa no se quejó mucho de las artes empleadas por el ministro de la Gobernación para asegurar el triunfo de sus candidatos, porque entonces la Prensa vivía sujeta a represiones extraordinarias. Ni los obispos podían publicar en los periódicos las pastorales en que protestaban contra la tendencia de tolerancia religiosa en que había de inspirarse el artículo 11 de la Constitución.

El Congreso, elaborado bajo los auspicios de quien aun era el *pollo antequerano*, no vivió mucho, pero vivió lo suficiente para dar fuerza legal al Código que aún rige en nuestra Monarquía y al que con la Cámara popular coadyuvó el Senado, donde había dos obispos, cincuenta y un grandes de España y títulos de Castilla, veinte generales y diez y siete ministros ó ex-ministros.

Por todo lo que expuesto queda, no puede asegurarse que la sombra de Romero Robledo que tanto influyó en la época evocada en estas cuartillas, fuese una mala sombra. Para hacerlas alegrías quisieran algunos de ahora las pesadumbres de entonces.

Por la transcripción,

J. FRANCO RODRÍGUEZ



NÚÑEZ DE ARCE



VIRGINIA FÁBREGAS

Ilustre actriz mejicana, que estrenará la nueva obra de Dicenta "Ramón Lull"

FOT. KAULAK

"RAMÓN LULL"

Fragmento de la leyenda dramática, en verso, original del ilustre autor D. Joaquín Dicenta

ESCENA VIII

CATALINA.—LA INFANTA DE ARAGÓN.—ESTRELLA.—DAMAS.—MARTÍN DE PROVENZA.—BERENGUER.—RENATO.—MÚSICOS.—POETAS.—PAJES.—LULL Y ARNALDO EN EL FONDO.

MARTÍN DE PROVENZA (*adelantándose hasta la infanta*).

En nombre de todos, por ser más anciano,
noble hija de reyes, te beso la mano.
Fuera ajeno al coro de estas juventudes,
si no me enviase la Provenza mía,
para ser heraldo de su poesía.

INFANTA (*Cogiendo por la mano a Catalina y subiendo con ella hasta el trono donde las siguen las damas, quedando al pie del estrado los hombres.*)

Ven conmigo al trono, ocúpalo y sea
el bardo, á quien nieve del tiempo platea
la frente, que Apolo ciñó con laureles,
quien ponga en tus sienes guirnalda de flores
y te unja por reina del reino de amores.

(*Martín de Provenza sube al trono y cogiendo de un canastillo de flores, que sostendrá una de las damas, una guirnalda de rosa se acerca á Catalina.*)

MARTÍN DE PROVENZA (*á Catalina*).

No, los hombres, el cielo, donándote hermosura,
te ciñen la corona de reina de la fiesta;
de ancianidad por fuero, me toca la ventura
de ser yo quien la deje sobre tus sienes puesta
Trovando amor y gloria viví mis juventudes.
Oyó los cantos míos la tierra provenzal.
Canté de los guerreros la gloria y las virtudes.
Canté por la belleza sagrada é inmortal.
Mis aureos cabellos en plata se trocaron.
Perdió mi vieja lira su placentero son.
Mi voz ha enronquecido, mis ojos se nublaron.
Pobre y cansada llega á tí mi inspiración.
Pero aun hay en mi lira un último sonido,
y á traerlo llevo, reina, á tus divinos pies.

Mi culto es la Belleza. Buscándola he venido
del provenzal terruño, al reino aragonés.
En tí la encuentro. Vive radiante en tu pupila;
sonríe entre los arcos bermejos de tu boca;
en los huecos rosáceos de tu nariz titila;
el soberano trazo de tu perfil la evoca.
Transpira entre las ondas que forma tu cabello;
se afirma en el arranque fidal de tu cintura;
asciende por tu espalda, resbala por tu cuello
emerge del dibujo total de tu figura.
Reina eres de la fiesta. En tí, belleza tiene
sacerdotiza augusta, emblema corporal.
Escravo de su culto, á proclamarlo viene
en tierra aragonesa, un bardo provenzal.
Sean mis torpes manos quien ciñan la guirnalda
de perfumadas rosas, á tu nevada sien (*colocando la guirnalda en la cabeza de Catalina*).
Caigan en dulce lluvia sus hojas por tu espalda.
y en nombre mío un beso, sobre tu frente den.
Reina eres de la fiesta. Con tu beldad, pregona
de la Belleza el culto sublime é inmortal.
Reina eres de la fiesta. Ciñóte la corona
con sus temblantes dedos, un bardo provenzal.

(*Martín de Provenza baja las gradas y se reúne á los trovadores.*)

BERENGUER ¡Viva nuestra reina! Ante ella pechemos.

(*Damas, caballeros y también la infanta se inclinan ante Catalina que permanece en pie junto al trono.*)

INFANTA

Ante la presencia suya consagremos
al arte y oigamos la voz del poeta
que en lides de ingenio vencer ha sabido.

CATALINA

Poeta, tus versos aguarda mi oído.
A él, subirá mi alma, y en él asomada
seguirá la estrofa por tu voz rimada.
¿Dónde está el poeta?

LULL.

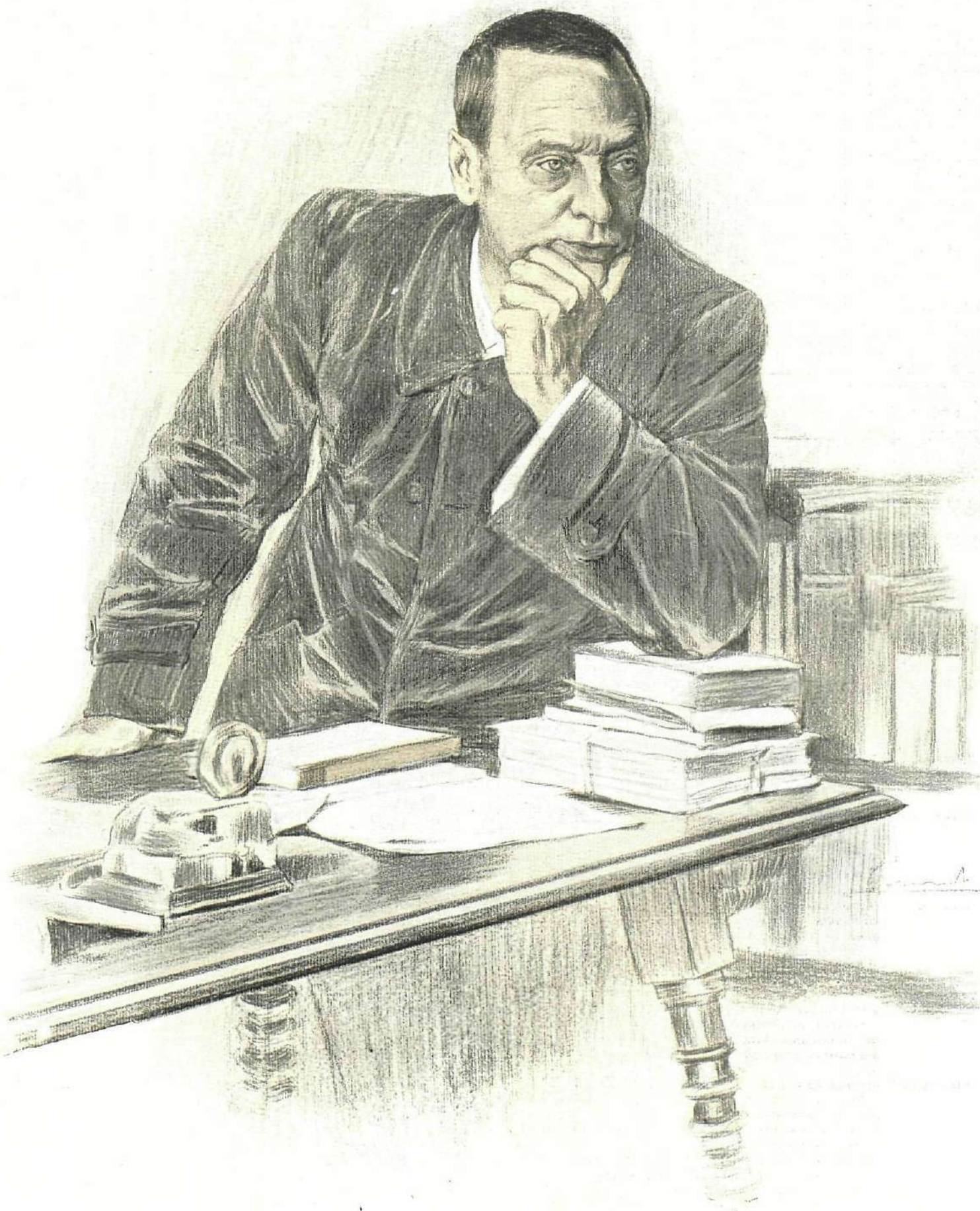
(*Ramón Lull avanza desde el fondo seguido de Arnaldo.*)
Aquí está, señora.

(*Arnaldo se reúne á los caballeros y trovadores. Lull queda solo en el centro del escenario.*)

JOAQUÍN DICENTA

LA ESFERA

◻ NUESTROS GRANDES PRESTIGIOS ◻



DIBUJO DE GANONAL

JOAQUÍN DICENTA

Insigne escritor y genial autor dramático



NUESTRAS VISITAS

JOAQUÍN DICENTA



HAY muchos porteros con bastante menos entendimiento que un perro. El perro, por muy animal que sea, sabe distinguir... Por ejemplo: si os acercáis á la casa donde él está en funciones de guardián, como primera providencia, se desgañita ladrando; si váis andrajosos y vuestro semblante no es tranquilizador, de seguro el can, antes de dejaros pasar, os arrancará una pirla de las pantorrillas; pero si, por el contrario, váis bien vestidos y él husmea que sois gente de confianza, entonces sus alarmantes ladridos se van entibiendo y terminan en gemidos zalameros... ¿No es esto?...

Pues en mis andanzas periodísticas, he observado, con pesar, que muchos porteros discurren bastante peor que los perros. Si váis mal vestidos os *ladran*; que váis bien, os *ladran* igual.

A esta clase pertenece el portero del glorioso Joaquín Dicenta.

Cuidado que Campúa y yo acostumbamos á ir bien puestecitos de indumentaria; pues nada, al entrar en el portal, se arrancó nuestro hombre saltando del cuchitril como un mastín.

—¡Eh! ¿A dónde van ustedes?

—¿D. Joaquín Dicenta?— pregunté yo.

—Cuarto, izquierda—nos contestó como quien no dice nada, y volvióse á la cueva.

—Oiga usted...—le llamó, Campúa, al observar que había ascensor.

—¿Qué hay?—respondió el interpelado, preparándose para la pregunta.

—Como haber... nada...—continuó Campúa.—¿Hará usted el favor de ponernos el ascensor?...

—¡Ya lo creo, hombre! ¡No faltaba más!—agregué yo.

—¿El ascensor?... ¿Y por qué? Vamos á ver... ¿Pero es que *ustedes* se creen que yo soy un *criao* de *tío* el que quiere venir á esta casa?...

Y siguió desbarrando. Era un energúmeno y *jaquello fué Troya*! La batalla de Alcolea puede considerarse como una leve escaramuza, comparada con la que nosotros sostuvimos. Por fin nos apoderamos del ascensor y nos lo administramos nosotros mismos. Mientras que nos elevábamos, oíamos á nuestro buen portero dar topetazos con la cabeza en la baranda de la escalera. Puede ser que la rompiera.

Por fin llegamos, un poco agitados, pero ilesos, al piso de Dicenta.

Joaquín, su hijo mayor, que es un señor literato y tiene la misma sugestiva simpatía del padre, nos pasó al despacho.



Dicenta con sus dos hijos mayores

Allí esperamos, mientras él despertaba á su padre.

Era aquella la habitación donde trabaja el insigne dramaturgo. Alegre como un mirador sobre el mar,



Joaquín Dicenta en el balcón de su casa

La luz penetra á raudales por todas partes: por un balcón, por una ventana, por una azotea chiquita, desde la cual se contempla todas las torres y tejados de Madrid, como desde la barquilla de un globo.

El día era de Marzo, pero el sol era abrileno y con sus resplandecientes rayos inundaba la casa del ilustre literato. Todo allí era paz y alegría. De las paredes cuelgan cuadros de Rusiñol, Benlliure, Gonzalo Bilbao, Sorolla, Sancha, Bermejo. Sobre un largo estante, donde están apilados los libros de nuestros clásicos, hay un retrato de Manolo Paso, aquel gran poeta, que lo derrumbó la lisis, seducida por una pícara vida bohemia.

Al lado de la mesa hay un bajorrelieve en bronce del inmortal Chapi. Sobre ella, cuartillas, muchas cuartillas y un libro: *El Intruso*, de Blasco Ibáñez.

—¡Pero, chicos! ¿Qué hora es?...—gritó, riéndose Dicenta desde el pasillo.

—Nada más que las once y media—contesté yo.

—¡Vaya unas horitas que tienes de levantarte!...—agregó Campúa.

—¡Cállate, hombre!... ¡Si me acosté á las seis!...—replicó él.

Y nos dió un apretón de manos franco y leal; parecía entregarnos su alma.

Dicenta es un hombre de trato encantador. Tiene lo que se llama «don de gentes». Su charla es sincera, fraternal, llena de ingeniosidades; tan pronto grita y se impone varonil, como tiene ingenuidades de chiquillo. El asegura que tiene dentro de su corazón un ángel y un demonio riñendo formidable gresca. Yo lo creo.

Todos lo conocéis: más bien bajo que alto; enjuto de carnes y de movimientos nerviosos y gallardos. Su rostro, pulcramente afeitado, y rugoso, es altanero; sus ojos azules son pequeños y redondos; su nariz larga y encorvada como el pico de un ave de rapiña; su boca carnal, delatora de una sensualidad inaudita; y sus orejas son largas y puntiagudas como las de un fauno...

No es viejo; pero ya las canas van invadiendo su cabeza redonda y llena de manchas plateadas.

Aquella mañana vestía «de casa»: una peliza de pana marrón, un pantalón viejo y unas zapatillas.

Nos ofreció un cigarro y tomamos asiento.

—¿Venís seriamente á hacerme una información?...—nos preguntó, algo alarmado.

—Con toda la seriedad que se pueden hacer estas cosas—contesté.

—Pero... bueno, «Caballero Audaz»; no vaya usted á

decir eso de que me he acostado á las seis; porque os advierto que en mí es una rareza.

Soltamos una carcajada.

—No os ríais. De verdad—agregó, tratando de convencernos—; ya hago vida ejemplar, de ordenada. No salgo casi ninguna noche y si tengo trabajo pendiente me paso en casa sin pisar la calle ocho y diez días escribiendo.

—¿A qué hora acostumbra usted á trabajar?...

—Si se trata de cosas serias, teatro ó novela, me pongo á escribir cuando me levanto; que es cuando lo hago con más facilidad y más á gusto. Y ya puesto á trabajar, me paso diez y doce horas sin soltar la pluma. Casi todos los últimos actos de mis obras teatrales me los he hecho de un tirón.

—Entonces, ¿escribe usted con facilidad?

—Sí, con bastante facilidad. Una crónica, la hago en una hora, generalmente.

—¿A qué edad empezó usted á escribir?

—Muy joven; porque, verán ustedes. Mi padre era teniente coronel de Caballería y en la guerra del Norte, una bala lo hirió en la cabeza. De resultas de aquella pícara herida, perdió la razón. Siete años vivió con su locura. Durante ellos, mi pobre madre sufrió como una mártir, porque se opuso á que fuera recluso. Con él quiso subir al calvario de su locura. A los siete años de su desvarío, un día le sorprendió la muerte en medio de la calle. Tenía yo entonces doce años y era de la mismísima piel del diablo. Terminé el grado é ingresé en la academia de Artillería. Mi carácter rebelde está poco de acuerdo con la disciplina, por cuya razón, al año de estar allí me tuvieron que expulsar. Empecé la carrera de medicina, pero al segundo año, un buen día, la tentación de vender los libros me sedujo. Entonces, ya avergonzado ante mi madre, de mi proceder, no quise seguir viviendo á expensas de ella, que era una pobre pensionista, y le dije: «Madre, yo no me creo con derecho á que usted me siga otra carrera ni á vivir á su costa. Desde este momento me las voy yo á ver con la vida». Y abandoné mi casa. A partir de aquel día, que contaba yo diez y siete años, empezó para mí la bohemia del artista joven y sin recursos, que ansía conquistar la gloria y, sobre todo, ¡que quiere vivir!...

—¿Dónde empezó usted á escribir?...

—En el abanico de una novia. Á aquella mujer—que por cierto me resultó pérfida—debo la orientación que me llevó por los derroteros lite-

riarios. Para ella fueron mis primeros sonetos, muy malos por cierto. Después entré en *Las Dominicales*; poco tiempo más tarde, fundamos un periódico, muy revolucionario, llamado *La Piqueta*. Recuerdo que, siendo redactor de aquel periódico, fuimos á llevar recursos á los coléricos de Murcia, Valencia y Aranjuez, y un buen compañero sucumbió en la piadosa obra. Tras de esto estuve colaborando en semanarios ilus-

de papel de estraza que me daba un tendero conocido... No se me olvidará que pude asistir al estreno gracias á un alma caritativa que me prestó un pantalón y una americana, viejos. ¡Horrible!...

—¿Y fué un éxito?...

—Enorme. Recuerdo que en el segundo acto se me acercó Fiscowich á ofrecerme 25.000 pesetas por la obra. ¡Veinticinco mil pesetas!... Creo,

señores, que era una tentación para un hombre que, en aquel crítico momento, por un cigarrillo hubiera dado diez años de su vida... Pues, aunque me hizo dudar un instante, rechacé la proposición.

—¿Y cuánto dinero le lleva á usted producido *Juan José*?...

—Me habrá dado unos sesenta mil duros.

—¿Cuántas obras tiene usted escritas?...

—De teatro, treinta y nueve, y libros diez ó doce; mi primer estreno será *Ramón Lull*, y mi próxima novela *El caudillo*.

Hubo una pausa; al momento continuó:

—No creáis: á mí la pluma me ha traído á casa más de setecientas mil pesetas, y, aunque vivo con desahogo, no tengo un céntimo ahorrado; ahora bien, que no me quejo, porque he ganado lo bastante para ya no tener que trabajar.

—Voy á hacerle una pregunta indiscreta, Joaquín; pero es muy interesante.

—Venga—me invitó, con franqueza.

—¿Cual es el vicio que más le domina?

—El vicio mayor mío ha sido el alcohol, con el cual he luchado por quitármelo y no lo he conseguido... Las mujeres también me tiran bastante; pero esto no lo considero vicio... En cambio no he sido jugador.

—¿Cual es la alegría mayor que ha tenido usted en su vida?...

—El estreno de *Juan José*, que me resolvió un problema fundamentalísimo para la vida: el poder vivir.

—Y en literatura, ¿cuáles son sus autores predilectos?...

—En el libro, Galdós; y en Francia, Víctor Hugo. En el teatro español, Echegaray y Benavente. A Echegaray el teatro le debe mucho.

—¿Cuántos hijos tiene usted?...

—Cinco.

Estuvimos un instante callados. Después, exclamó Dicenta, afectuoso:

—¿Sóis capaces de venir esta noche á cenar conmigo?...

Aceptamos gustosísimos.

EL CABALLERO AUDAZ



Joaquín Dicenta teniendo en sus brazos á su hija menor, niña de un mes

FOTS. CAMPÚA

trados y saltando por alguna redacción más hasta que llegó mi primer estreno: *El suicidio de Werther*; poco después *Los irresponsables* en el Español, que fué un drama de mucho escándalo; luego *Luciano*, *El duque de Gandía* y...

—¿Estas obras le daban á usted dinero?

—No, señor: muy poco, tanto que cuando llegó el estreno de *Juan José* estaba en una situación horrible, ¡espantosa!: en una de las más difíciles de mi vida, y he tenido muchas y muy difíciles... Sin ropa que vestir y sin cigarro que fumar, escribí *Juan José* en lápiz y sobre cachos

FIGURAS DE ACTUALIDAD



Bagaria

LOS INSIGNES DRAMATURGOS PAUL HERVIEU Y JACINTO BENAVENTE

CHARLAS FEMENINAS



Sombrero de paja azul, adornado con una fantasía de pluma negra



Vestido de tintero, última creación francesa



Sombrero de paja, adornado con seda negra
FOTS. HUGELMANN

Cosas que te atañen, lectora, y son las siguientes: El talento y la belleza, ya se sabe, han hecho siempre sensación. Son dones inestimables, más raros aún que los de la suerte. Suerte la tiene cualquiera...

Decía no recuerdo quién: «Se debe disfrutar de lo bello, adquiriendo antes méritos personales; y así, sobre todo para la mayoría de las mujeres, se consigue, como aseguran los franceses, que *le plaisir surpasse la peine*».

En achaques de *toilette*, por ejemplo, la habilidad y el gusto sirven más que el gasto. Toda mujer «con ideas» y disposición, puede obtener adornos y detalles que no logran idear las que sólo saben desembolsar...

Ahora que las pinturas en las telas para faldas y corpiños está, ó quiere estar y estará muy en boga, la dama y la damita que sepan pintar, como la emperatriz viuda de Rusia, que es una verdadera artista, podrá convertir en notabilísima, por lo ingeniosa y elegante, una *toilette* de baile.

Podrá también pintar otras telas, las que hayan de revestir las paredes de su gabinete. Y luego, si la obra es artística, podrá pasar (sin engreirse, ¡eh!) ratos muy agradables contemplando «su propia obra».

Muchas parisienses, entre las más adineradas, se han aficionado á hacer delicados mueblecitos. De éstos he visto algunos notables, con incrustaciones de metal tan primorosamente hechas en la misma madera, que parecen del más puro «estilo Boule», el famoso escultor-ebanista cuyos muebles son apreciados y buscados siempre.

Señoras hay, y no pocas, que son habilidosas encuadernadoras.

Otras damas, encumbradas también, han conseguido resucitar la afición por las flores artificiales. Lo han logrado predicando con el ejemplo; y no sólo se ocupan de este interesante trabajo, sino que lo llevan á cabo con verdadero lucimiento, puesto que las flores que ellas hacen, parecen... flores y son, además, precioso remate en el adorno del traje y del sombrero, del abrigo, del manguito y de la estola.

Este arte es muy antiguo. Según Plinio, las romanas y las atenienses fueron muy partidarias de las flores artificiales. Los chinos las fabricaban hace años mil, y se supone que esta moda pasó de ellos á los italianos. Los moldes ó hie-

rrros para cortar las flores fué invención de un suizo, y la célebre salamanquina Cecilia Morillas los perfeccionó en España, allá por el año 1595.

No en balde se asegura en Francia que la habilidad femenina lleva trazas de realizar, sin ruinosos gastos, *bien de petits luxes intimes*, puesto que ya se advierte cómo vuelve también el gusto por esas labores que «embellecen todo hogar» y todo alavío; labores que pueden realizarse sin menoscabo de otros talentos.

Quiere decir que si dicha afición se consolida la «Liga contra el fastidio», «Liga feminista», que no hace muchos años se fundó en Inglaterra, en favor de las damas no resignadas con «las medianas distracciones que se les ofrece»; damas que no quieren enterarse de que «trabajar en algo es emplear la vida»; quiere decir, repito, que si la afición á hacer cosas útiles y bellas arraiga, sospecho que á la «Liga» esa le espera igual suerte que á otra clase de ligas..., consideradas perjudiciales; y no tendrá partidarias.

Nada de lo que llevo dicho supone en mí la menor idea de causar daño alguno á las bien pulidas manos, «dignas de acariciar niños y coger flores», como cantan en *Tosca*, puesto que también hay labores delicadas como «cutis de ángel» y poéticas como «las propias rosas».

Dicen que la mujer ha cambiado de alma y de cerebro. Podrá ser, no lo discuto, porque apenas entiendo de cosas tan elevadas como «las cosas de la cabeza», ni tan profundas como «las cosas del alma»; pero aunque no me asombre, ni me atreva á censurar que la mujer tenga el derecho de ejercer, pongamos por «caso», las funciones de letrado; derecho que últimamente ha obtenido, con gran lucimiento, una dama rusa, imagino que deben resultar más atractivos otros derechos.

Y la inquieta imaginación me obliga á confesar lo siguiente:

Entre ver á una hermosa mujer recibiendo como regalo una toga ó un birrete, y ver á la reina Guillermina de Holanda contemplando el lindo dedal con que el gran anciano Krüger la obsequió no hace muchos años, sin detenerme en frías reflexiones, me identifico emocionada con el dedal... Se me figura que «dice» más...

SALOMÉ NÚÑEZ Y TOPETE

IMPRESIONES
DE VIAJE

SENTADO á la mesita de un café, á la sombra de las *Procuratie Vecchie*, en el *Sottopórtico* del *Cavaletto*, el viajero español ve pasar la gente por la plaza de San Marcos.

Bajo el sol bulle una muchedumbre vestida con trajes claros. Las palomas—las famosas palomas de Venecia—van y vienen confiadas, picoteando los granos de maíz—que en dorada lluvia cae de las manos de las «turistas».

El cielo, la animación, la brisa que, de vez en cuando, llega del Adriático, ratifican el deseo de vivir.

Pasan ingleses, lentos, avizores, con su aparato fotográfico apercebido en todo momento, deseosos, quizá, de eternizar en una placa ó en una película lo que debía quedar vi-



Tipo popular veneciano

brando en su corazón; cruzan austriacas gentísimas que van en busca del *piróscapo* para trasladarse al Lido; sucedense otras inglesas pajizas, rojas, desgarradotas, todas con lentes y la caja de pinturas, dispuestas á pasar en la Basilica unas horas pintando en silencio, mirando estóicas al grupo de curiosos que les rodean, y tornando á pintar, siempre calladitas.

En Venecia toda señora huesuda, con traza de notario, con seriedad de «policeman», es, mientras no se demuestre lo contrario, inglesa. Luego, resultará que, por añadidura, es pintora, y después de comprobar que es pintora, que no sabe pintar. Pero de pronto, el viajero español, que ha ido á Venecia sin *Baedeker*, sin *Kodak* y sin caballete ni tubos de colores, ve pasar junto á él á una muchacha fina, garbosa, envuelta graciosamente en un mantoncillo negro, con flecos largos y sedosos.



El puente de Rialto, de Venecia

¿Es una madrileña? ¿Es Julia, Patro, Carmen ó Encarna que, de un vuelo, se ha posado en esta Venecia desde el taller de la calle del Barquillo ó desde su sotabanco de la Corredera?

Cuando el viajero, embelesado, evocando su tierra—porque la patria puede flamear tan simbólicamente en una bandera como en un mantón de flecos—ve desaparecer á la grácil muchacha, surge allí cerca otra, con aires de «gata», y poco después, una tercera con andares esbeltos de chulilla. Madrid desfila, en un coro de *La revoltosa* ó de *El santo de la Isidra*...

¿De qué país son estas mocitas dicharacheras, frívolas, reidoras, tan humilde pero típicamente vestidas, que deben saberse de memoria versos de Casero, y tienen, tal vez, acerbilladas por la aguja las yemas de los dedos y cuyo amor—digamos volubilidad,—fluctuará, de fijo, entre un señor estudiante y un señor ebanista?

El español no tarda en averiguarlo. Son venecianas, hijas del pueblo, nietas de aquellas espléndidas bellezas de la fastuosa y sensual «Perla de Italia» del siglo xvi. Son paisanas de Jacobo Robusti, del *Timoretto*, y con la carne de sus mejillas y de su frente, Ticiano y Pablo Caliari, el de Verona, volverían, gustosos, á pintarlas en el techo del salón de los Diez ó en un fresco de la Sala de las Cuatro Puertas...

Estas chicas, aunque tanto ríen, se ganan la vida bravamente. Trabajan en un *stabilimento* industrial, á las órdenes de un señor Rigo ó de un caballero Testolini, que trafican con vidrios, mosaicos, mármoles y muebles.

Los extranjeros las ven en la fábrica sentadas tras la mesa de trabajo, serias—por excepción, porque las visitas son cosas solemnes y hay que ponerse á tono...—Los pedacitos de pasta van formando la taracea, el alfilerón, la lámpara, el cacharrillo—recuerdo que ha de brillar en la confusión de la maleta como un sol sin ocaso.

Y este es el espectáculo curioso y triste que ofrecen las poblaciones viejas, tan gloriosamente viejas como Venecia. La fábrica se halla instalada en un palacio de ventanas ojivales: man-



Las venecianas de ahora.—Tipos populares

VENECIANAS
DE AHORA

sión señorial, bárbaramente asallada por el trepidar de unas máquinas, en la que bien pudieron vivir Ticiano, Quevedo, lord Byron ó Wagner...

Silenciosa, larga y monótona es la labor; fastuoso el marco; triste el cuadro, obscuro y patinoso. Apenas si se oye llegar á la negra góndola que se balancea cargada de turistas; el grito del gondolero, la campana distante de una iglesia, perecen en la calma del canal bajo la estridente sirena de las canoas automóviles ó de los barcos-moscas...

El español lo presiente. A pesar del sol de Venecia, á pesar del simpático tumulto del muelle de los Esclavones, á pesar de las irrupciones de los forasteros, estas obrerillas venecianas ¿soñarán tan febrilmente como



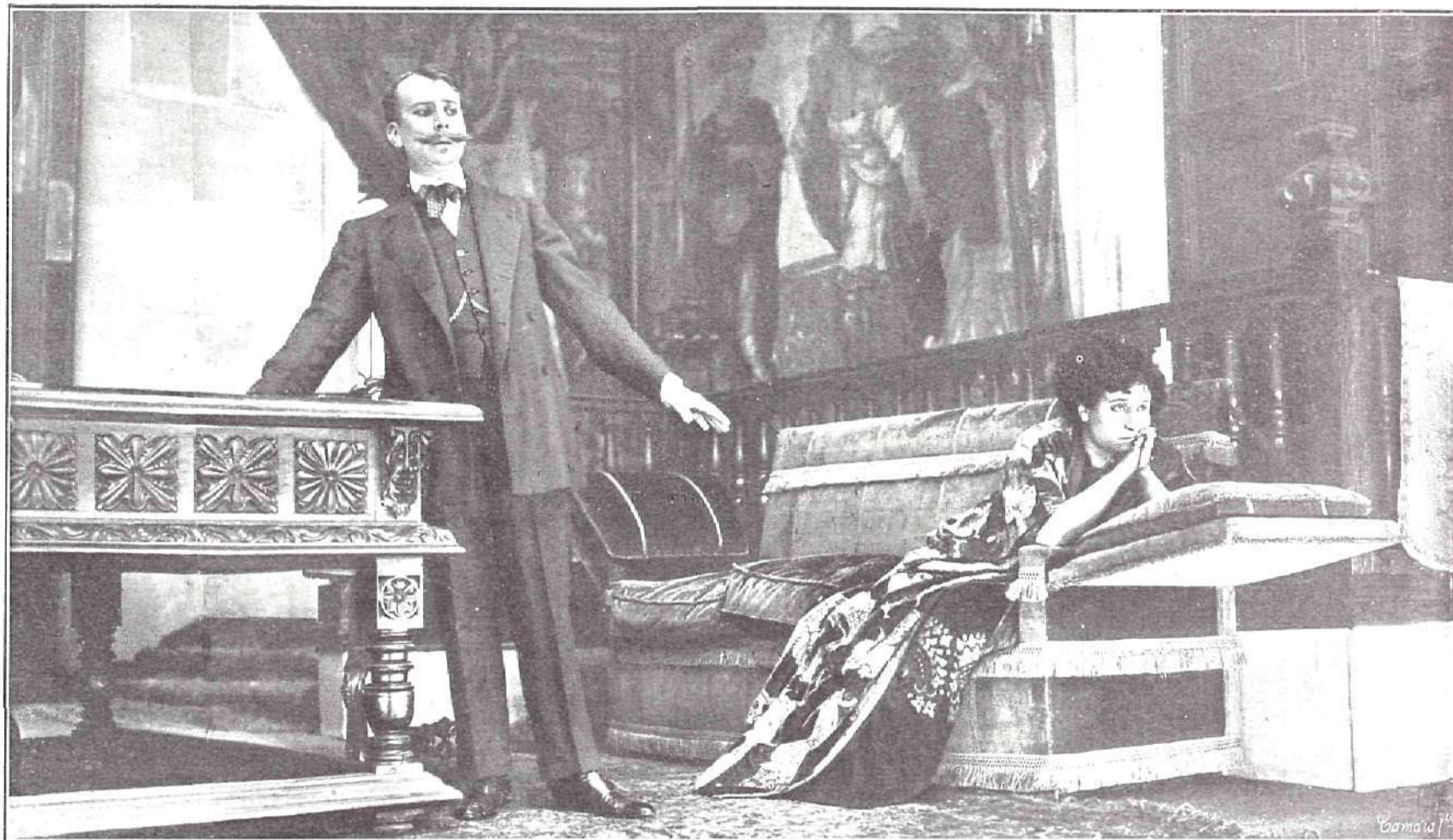
Tipo popular veneciano

sus ojos retrecheros y sus labios voluptuosos lo anuncian? Venecia—ya lo sabéis—es una extraña, maravillosa ciudad donde no hay tranvías, ni coches, ni remolinos de polvo, ni apreturas callejeras. Venecia, por sus pasados días de oro y sus canales, es un suspiro y un silencio...

Aquellas verbenas náuticas, de amor y de fiesta, de madrigales y estocadas, de conspiraciones y raptos, se apagaron. Ahora Venecia, viviendo de su prestigio histórico, es una inmensa fábrica de mosaicos, cristales, mármoles y muebles; es un amable refugio de señoras zancudas, miopes, desgarradas, que pintan mal...

Lo único que ha resistido á la ola cosmopolita es el mantón de flecos y la linda veneciana que tan graciosamente sabe llevarlo. Ella es ritmo, pasión, viveza, hermosura: es Italia, toda la Italia inmortal.

E. RAMÍREZ ANGEL



Maria Guerrero y Díaz de Mendoza en una escena de "El destino manda", comedia de Paul Hervieu, estrenada en el Teatro de la Princesa

CRÓNICA TEATRAL

He observado que el contenido de lo actual se va extinguiendo en nosotros insensiblemente, á compás de los años. No se singulariza nuestro espíritu, según dice el Kempis, por su avidez de novedades. Al contrario. Suena una hora en la vida en la que hostiles á la inquietud renovadora de la naturaleza, preferimos, como el poeta, lo pasado á lo presente. En arte sobre todo, llega un momento en el que si pudiésemos decretaríamos la estabilidad, la permanencia, lo que prueba la índole conservadora y hasta misonicista, si se quiere, de nuestro espíritu. O se da eso, el apego irreductible al pasado, á lo que en cierto modo es obra nuestra puesto que hemos contribuido á su asiento y su sanción, con nuestro aplauso, ó se produce lo contrario, una irreflexiva predilección por todo lo que va asomando en el horizonte del gusto colectivo, según las veleidades de la moda. Yo no sé qué es peor, si lo primero, flaqueza de muchos, ó lo segundo, trivialidad de pocos.

A mí que no me hablen de autores dramáticos—dice uno. Y añade con dejo de nostalgia:—«Desde que Echegaray, Gaspar y Leopoldo Cano se fueron del cartel, yo no he vuelto al teatro.» Otro señor exclama, con igual derecho á exponer su opinión:—Yo detesto las falsedades de Echegaray, el supuesto realismo de Gaspar y los pueriles artificios de Cano. Además, los clásicos me aburren. Yo no transijo más que con lo moderno, con lo que es de mi tiempo... Benavente, Ibsen, Maeterlinck, Sudermann, etc.—añaden muy ufanos, barajando unos cuantos nombres que riñen de verse juntos.

¿Y qué va usted á hacer, si no oír con respeto esos y otros inofensivos desahogos de la gente? ¿Qué daño inflieren á nada ni á nadie, los unos y los otros, los conservadores ó tradicionalistas y los volubles ó modernistas? Como no establezcamos un criterio del Estado en materia de arte á la manera de la religión del Estado, no se puede impedir el que las gentes pregonen en voz alta sus gustos.

Lo que me sorprende más es que el desvío de lo presente y la nostalgia de lo pasado, prendan en hombres de talento, paralizando su capacidad de adaptación á lo nuevo que surge. Ese misonicismo que en las gentes de corto vuelo mental tiene la excusa de ser irremediable, me asombra y consterna cuando asoma en un espíritu que ha pensado en lo contingente y mutable de nuestra existencia, en la necesidad de renovación que lo preside todo en la tierra y en lo difícil que es discernir lo malo de lo bueno en arte, entre obras nacidas en un mismo cli-

ma intelectual. Ahora uno de esos espíritus que honran á todo un período literario, por la nobleza del ideal docente que cultivan y por el caudal de su saber, muéstrase muy alarmado con la decadencia del teatro español, que él achaca á los autores, empresarios y críticos, eximiendo, no sé por qué, al público, de toda responsabilidad en la degradación escénica contemporánea. Ese criterio expuesto sin calor y como si dijésemos, por salir del paso, escribiendo una crónica de circunstancias, sería disculpable. Sostenido y remachado con tesón, puede serlo también, pero, no sin revisión. En primer lugar, ¿por qué está en decadencia el teatro español? ¿De qué se infiere esa decadencia? Y si nos allanamos á aceptarla ¿con relación á qué momento de apogeo del arte dramático nacional? Porque el decir decadencia es no decir nada. Es una afirmación negativa, indicio á lo más del pesimismo individual en materia literaria, desahogo de una personalidad respetable que disiente del gusto vulgar, y manifiesta, con acritud ó con moderación, su descontento de las corrientes dramáticas que ahora prevalecen. Aceptada, provisionalmente, claro está, la hipótesis de que la escena española arrastra una vida decadente, ¿por qué son responsables de ese ocaso los autores, los empresarios y los críticos?... ¿Qué deberes han infringido todos ellos para contraer la responsabilidad que se les imputa?

En primer lugar, vamos á revisar la hipótesis de la decadencia teatral de que se viene doliendo el docto comentarista de nuestra vida dramática. ¿Qué período social debemos tomar para establecer el cotejo ó parangón? Si nos fijamos en la época de Lope y el grupo de autores que coincidieron con él, no hay duda de que hemos venido á menos.

El teatro tuvo entonces una uniformidad espiritual que era como el reflejo del sentir colectivo de un pueblo. Los tipos forjados por el dramaturgo, respiraban en escena el aire de la raza. Los caracteres que se exhibían en el curso de la intriga, no eran amañados exóticos, sino productos de la cantera nacional. Sus pasiones no estaban bastardeadas por el morbo cosmopolita. Tenían el vigor indígena de lo que se ha incubado en la entraña popular. Prejuicios mentales, singularidades del gusto, lenguaje, costumbres, todo era de acarrejo español, trasunto de realidades que el poeta exaltaba sin deformarlas. El arte dramático alcanzó entonces unas alturas que luego no ha logrado escalar. Nuestra época de laboreo escénico, con relación á aquella de Lope y sus coetáneos, es de franca decadencia. Convenido. Hemos cedido en fertilidad, nos hemos

despistado de la noble vía de la tradición dramática, nos hemos contagiado del morbo cosmopolita y hemos desdeñado, parcialmente, al pueblo, como campo experimental. Pero, consiéntame el ilustre comentarista de nuestra supuesta ó real decadencia dramática, una objeción. Si buscásemos en todo el siglo pasado un período de fecundidad escénica que supere á este de ahora que motiva los alarmadizos pesimismos á que vengo refiriéndome, ¿lo encontraríamos? Desde Moratin que abre el siglo con sus frías sátiras de costumbre, hasta Echegaray que lo cierra con sus arbitrariedades sonoras y sus absurdos brillantes ¿qué momento de fecundidad dramática puede recordar en España el apogeo de teatro en tiempos de Lope y sus coetáneos?

La generación que coincidió con el duque de Rivas en el teatro ¿puede hombrarse con aquella de la época de Felipe IV? García Gutiérrez, Harzenbusch, Gil y Zárate, Bretón de los Herreros, etc., ¿qué han dejado en pos de sí? ¿Han logrado siquiera la supervivencia, no ya en escena, que sería mucho pedir, sino en la predilección del lector? Y puestos en parangón esos dramaturgos con los de ahora ¿quién osaría sostener que les superan? ¿En qué? El romanticismo de aquellos señores, importado de Francia, no fué el eco de ninguna corriente espiritual de nuestro pueblo. Era una irradiación de Victor Hugo, de Dumas (padre) y de otros astros de menos magnitud. Todavía si la obra de aquella generación hubiese sido un empalme con el siglo de Lope, su legitimidad artística ó literaria no hubiese sido puesta en duda. Lo malo fué que la tal moda no respondía á ninguna tradición dramática nacional. Fué un teatro si no de aluvión, de sugeriones exóticas, extrañas al genio de la raza. El mismo Martínez de la Rosa, con sus ínfulas de clásico ¿puede ser tomado en serio? La posteridad en sus escrutinios definitivos ¿le asignará una categoría superior á la que ocupe Juan Antonio Cavestany en el recuerdo de los hombres? Por mi parte, lo dudo. Creo que el mismo común olvido anegará esas dos brillantes reputaciones á las cuales otorgó el destino unos meses de boga.

Nos reservamos el comparar, en otra crónica, la labor de la generación dramática actual, para saber si significa decadencia ó apogeo con relación á la que nos han legado los autores todos desde Moratin hasta nuestros días. Yo no me resigno á compartir, sin pruebas, ciertos pesimismos.

MANUEL BUENO

UNA COFRADÍA INTERESANTE



SOLDADO ROMANO



JOSÉ



FARAÓN



PLATOS

Famosas son por el lujo, la suntuosidad y la riqueza que en ellas despliega la piedad religiosa, las procesiones de Semana Santa de Sevilla y Murcia. Lo mismo en estas que en otras celebraciones españolas de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, como en Toledo y Cartagena, es vieja costumbre la de que formen parte de la comitiva de penitentes, representaciones ó figuraciones de personajes

del tiempo en que hubo de desarrollarse el drama del Calvario. Pero mientras que los *armados* de las cofradías sevillanas y los *romanos* de Murcia ó de Toledo, han sido popularizados por la fotografía y las estampas, en cambio son muy poco ó nada conocidos los curiosos *Californios* de Cartagena, cofradía que presenta en las procesiones de Semana Santa, pintoresca lúesie de figurantes de la época.



DAVID



CAIFAS



UN LEVITA



UN HEBREO



El público en las paralelas instaladas en la Puerta del Sol, para tomar los tranvías

FOT. SALAZAR

LAS HABAS DE FUERA

Como en todas partes las cuecen, y á calderadas en algunas, echemos un rato—*that is the question*—á la eutropelia interior y á la bagatela internacional.

Eso de las paralelas del tranvía ha servido para que descarrilen algunos beocios de la Cañada de la Mesta y la tomen otra vez con los chistes, aunque decir gracias y donaires es propio de grandes ingenios, según opinaba un tal Cervantes, que no fué concejal.

¡Desdichado país!—suelen exclamar, por estas futesas y otras semejantes, los descendientes del español aquel de Larra que estuvo quince días en París de Francia.

Como este quincenario de su tiempo, se indignan ahora muchos europeistas que no han recorrido más mundo que el comprendido entre la *Rivière de la Bombilla* y la *Corniche de las Ventas*.

¡Desdichado país!

¡Oh, en el extranjero!

En el extranjero no llueve, como venía á decir el otro, el de Larra.

Hablar en estos momentos sufragísticos, de salvajismo y de barbarie, y faltar á la reunión á propósito de las paralelas, que sólo se reúnen en el infinito, es gana de mentar las habas en la cocina inglesa.

Mientras allí hacen polvo los vidrios y cisco los lienzos del Museo, nuestros *paralelepípedos* se desfogan con cuatro chirigotas y algún empujoncillo, y punto concluido.

Pues si por eso tira aquí del sable el *policeman* indígena, ¿qué haría con aquellas mozas de rompe y rasga?

Bueno está—resignémonos—que los referidos turistas (Manzanares-Abroñigal, ida y vuelta) hablen despectivamente de esta tierra de gar-

banzos, porque ya es sabido que en Francia le echaa gallina al *pot-á-fen*, como quería Enrique IV, en Italia jamón con chorreras á la *polenta*, perdices en Alemania á la *choucroute*, y en Inglaterra, según decía uno de nuestros lores portátiles, todo el mundo se desayuna con una *copa de rosbif* para matar el gusanillo.

Pero, caballeros, *messieurs, gentlemen, signori* y *mein herren*, el haba es cosmopolita, no tiene patria, y lo mismo se cuece en la grandiosa urbe de las naciones preponderantes, que en el humilde hórreo de las Asturias de Oviedo.

Y cada fabada hay ¡ay! por ahí...

Si quieren ustedes un haba parisiense que ni la de San Ignacio ó la de Calabar, de efectos fulminantes, recuerden la catástrofe del Bazar de Caridad, donde la muchedumbre aristocrática dejó *tamañitas* en salvajismo y en barbarie á las «ineducadas masas»; bien es cierto que no hay, á veces, gente peor educada que la de buena educación.

El haba de la locomoción pueden ustedes saborearla, si gustan, en su guiso francés, sin salir de esta tierra de garbanzos; en San Sebastián los días de toros y trenes internacionales *pour la course*.

Ya quisiera yo ver allí las paralelas de la Puerta del Sol y la gimnasia de los que cuando hierven estas habas se hacen los sordos. Gimnasia sueca, claro está.

Otro buen ejemplar de la tan aplaudida y acreditada leguminosa, á la italiana, nos ofrece lo ocurrido precisamente ahora en el teatro Constanzi de Roma.

Se cantaba *Rigoletto* y por si el tenor había ó no de repetir *la donna é mobile* se armó un escándalo de *pópulo bárbaro*, hasta el punto de

tener que suspenderse la representación. Melan cucharada y sírvanse *delle fabe á piacere* los que maldicen de nuestro público teatral, casi siempre tan manso.

¿El haba administrativa?

Mr. Guidard, negociante, por defraudación de diez céntimos á la Hacienda, acaba de ser condenado á 12.000 francos de multa, indemnización y gastos procesales. Ríanse ustedes del impuesto de inquilinato.

¿El haba del procedimiento?

Sobre si una sociedad cooperativa de Maniged (Alta Saboya) había de pagar 5 francos ó 5.50, por derechos de registro, han andado danzando tres tribunales inferiores y ha tenido que reunirse dos veces el Tribunal Supremo en pleno. Por mucho que suban las costas el papel valdrá más.

¿El haba de la libertad... iluminando al mundo? Continúa haciendo las delicias del negro americano. Al último (en Pensilvania) después de lyncharle, le arrimaron tanto la antorcha, que le chamuscaron un poco.

¿El haba artística? Cuando el retrato de Mona Lisa fué devuelto al Louvre, pusieron durante los primeros días la entrada á cinco francos para recreo especial del gran mundo. Se recaudaron 400 francos, de los que pagó cien, por su billete, el subsecretario de Bellas Artes. También Luteicia tiene su Beocia.

¿A qué seguir?

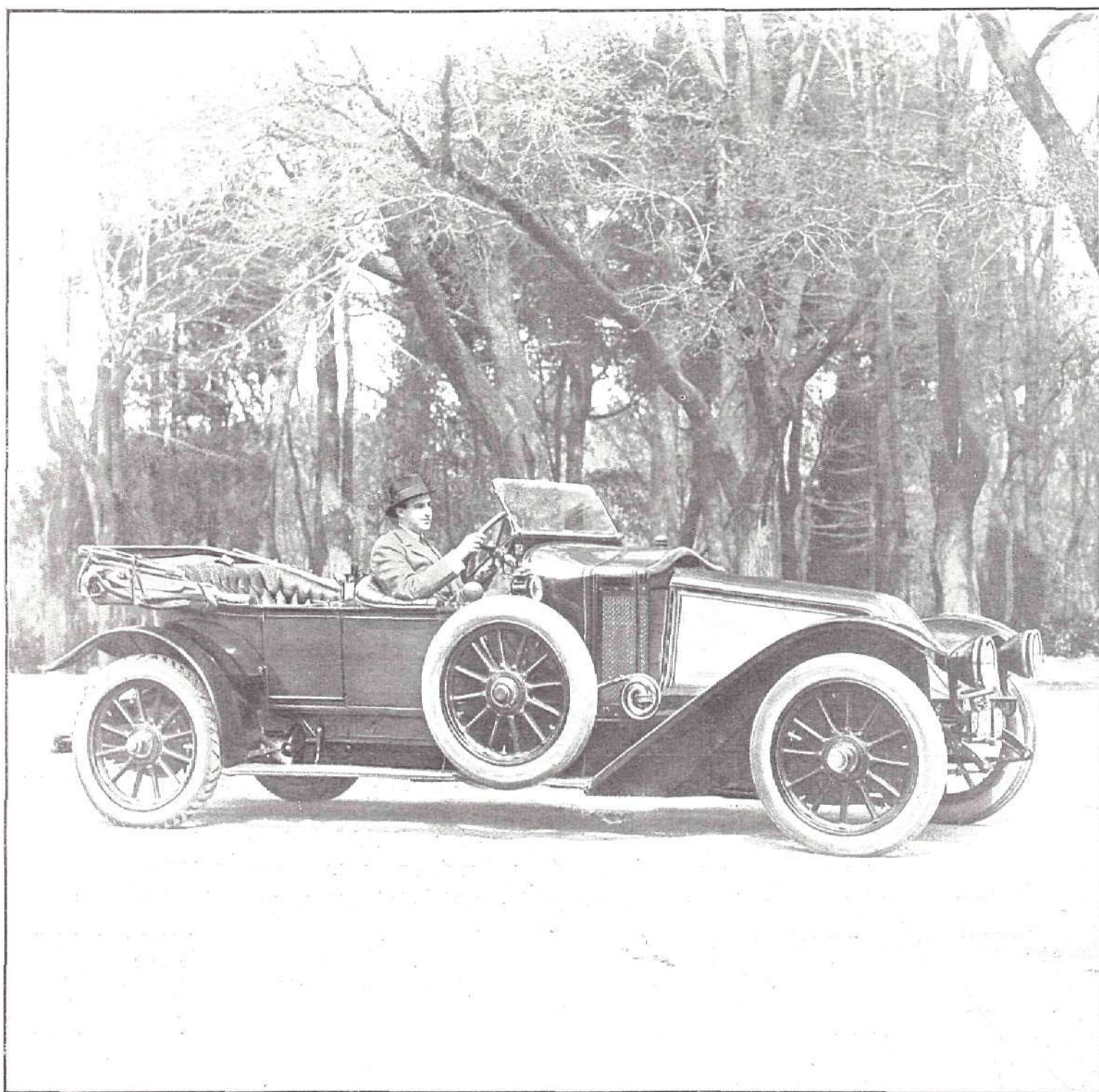
Ahora, ustedes me dirán: que mal de muchos, consuelo de tontos.

Es verdad, pero, en fin...

Son habas contadas.

JOSÉ DE LASERNA

NOTAS DEPORTIVAS



El 40 caballos, 6 cilindros, RENAULT, modelo 1914

Muy difícilmente se consigue el verdadero confort en un automóvil que tan pronto lleva una marcha muy rápida por carretera como sumamente lenta en un paseo por la población, requisitos que hemos podido admirar estos días en el magnífico coche 40 HP, de 6 cilindros, modelo 1914, que acaba de recibir Mr. Albert Seret, director de la Sociedad Española de Automóviles RENAULT.

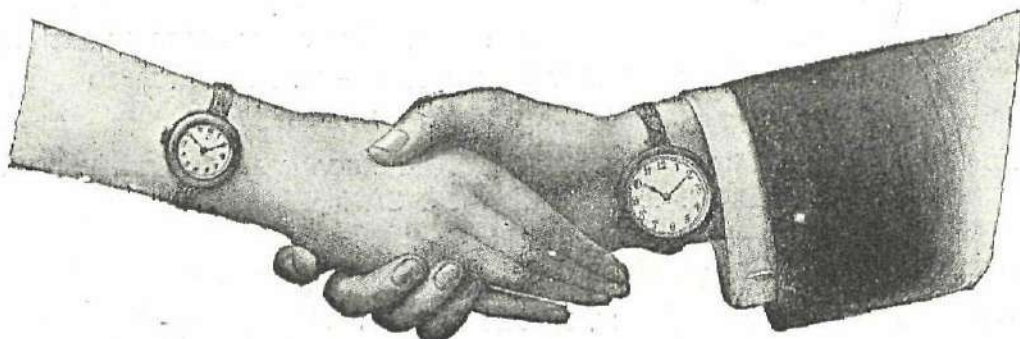
Este 40 HP de 6 cilindros, creado por la casa RENAULT, para responder á los deseos de su aristocrática y competente clientela, reúne el máximo de ventajas que es posible conseguir, pues es un hermoso coche potente y elástico á la vez, silencioso y rápido, muy resistente y admirablemente suspendido, evitando al mismo tiempo los escollos de las complicaciones mecánicas, así como las dificultades de conducción y de entretenimiento. En una palabra, en el modelo 40 HP, 6 cilindros, RENAULT, se encuentran en el más alto grado de perfección las cualidades de elegancia, sencillez, comodidad y gran duración que caracterizan á esta reputada marca, siempre en primera línea de la industria automovilista.

Fábrica de Relojes de CARLOS COPPEL

MADRID: CALLE DE FUENCARRAL, N.º 27



La casa Coppel garantiza la buena marcha de todos los relojes de su fabricación, acompañando á cada uno un Certificado de Garantía



Las pulseras para esta clase de relojes están fabricadas por un novísimo procedimiento, merced al cual se adaptan perfectamente á la muñeca, sin necesidad de broches ni sujetadores



Gran surtido en Relojes-pulsera en platino, oro, plata y oroxil (imitación oro)

La Casa COPPEL es proveedora de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra, de los Cuerpos de la Guardia Civil y Carabineros, de la Asociación General de Empleados y Obreros de los Ferrocarriles de España, y de muchas otras entidades importantes.

CATÁLOGO GRATIS
VENTA AL POR MAYOR Y MENOR

CARLOS COPPEL.—Fuencarral, 27, Madrid

Se admiten suscripciones y anuncios á este periódico en la **LIBRERIA DE SAN MARTIN, Puerta del Sol, 6, Madrid** VENTA DE NÚMEROS SUELTOS

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: **Francisco Verdugo Landi** Gerente: **Mariano Zavala**

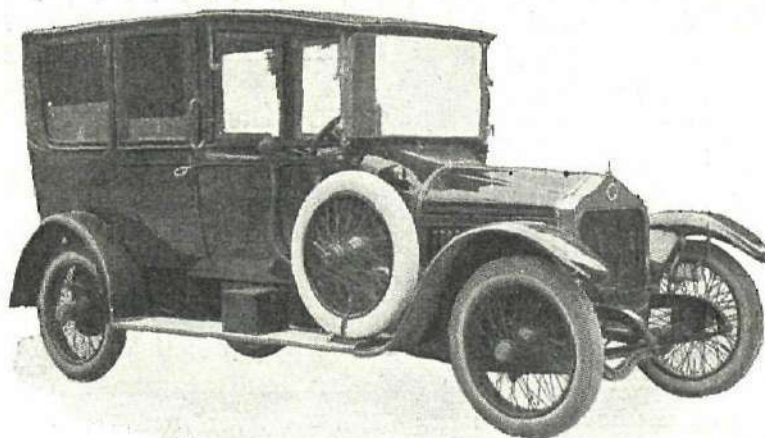
Número suelto: 50 céntimos
Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. . . . 25 pesetas	Un año . . . 40 francos
Seis meses. . 15 "	Seis meses . 25 "

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ♦ Apartado de Correos, 571 ♦ Dirección telegráfica, Telefónica : : : y de cable, Grafimun ♦ Teléfono, 968 : : :

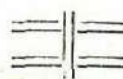


AUTOMÓVILES MINERVA

MOTOR SIN VÁLVULAS
PATENTE

"KNIGHT"

Oficinas y Garage.
AYALA, 25, MADRID



Salón de Exposición:
GENOVA, 11, MADRID

CREACIONES "KEPTA"

LAS PERLAS KEPTA Y LAS PIEDRAS DE COLOR RECONSTITUIDAS
ESTÁN MONTADAS EXCLUSIVAMENTE CON BRILLANTES VERDADEROS EN ARTÍSTICAS
MONTURAS DE PLATINO Y HAN OBTENIDO EL PRIMER PREMIO
Y MEDALLA DE ORO EN PARIS

NO TENEMOS SUCURSALES NI AGENTES: NUESTRA ÚNICA CASA EN ESPAÑA ESTÁ EN
MADRID: 2, CARRERA DE SAN JERÓNIMO

PARIS
36, B.D DES ITALIENS

S.¹ PETERSBOURG
21, MORSKAYA

KISLOVODSK
PERSPECTIVE GALITZINSKY

MOSCOU
6, KOUSNETZKI MOST

LABORATORIO
AVENUE PIERRE BLANC
MONTMORENCY FRANCE

FÁBRICA DE RELOJES DE CARLOS COPPEL

La Casa Coppel garantiza la buena
marcha de todos los relojes de su
fabricación, acompañando á cada
:: uno un Certificado de Garantía ::

Las pulseras para esta clase de relojes es-
tán fabricadas por un novísimo procedimiento,
merced al cual se adaptan perfectamente á
la muñeca, sin necesidad de broches ni su-
jetadores

GRAN SURTIDO EN RELOJES-PULSERA EN PLATINO,
ORO, PLATA Y OROXIL (IMITACIÓN ORO)

La Casa COPPEL es proveedora de la Cooperativa del Ministerio de la Gue-
rra, de los Cuerpos de la Guardia Civil y Carabineros, de la Asociación Gene-
ral de Empleados y Obreros de los Ferrocarriles de España y de muchas otras
entidades importantes.

CATÁLOGO GRATIS ☐ VENTA AL POR MAYOR Y MENOR

CARLOS COPPEL.—Fuencarral, 27, Madrid

Para toda la publicidad extranjera en esta Revista, dirigirse á la
AGENCIA HAVAS
PARIS, 8, Place de la Bourse.-LONDON E. C., 113, Cheapside
MADRID, Puerta del Sol, 6

HEMOGLOBINA ASIMILABLE STENGRE

Poderoso reconstitu-
yente de la sangre
Estimulante de las
funciones digestivas
Hace recobrar muy
pronto el apetito
Normaliza el estado
general

R. STENGRE
FARMACÉUTICO
CARTAGENA

Venta en todas las farmacias de España

Representantes exclusivos de esta Revista en la República Argentina
Massip y Comp.^a

Rivadavia, 698, BUENOS AIRES